

Cuentos desalmados para armar

Gustavo Oliveros



Barralibros. Editores digital

El vendedor de cuentos

Luego del desayuno la rutina lo enviaba directo a la computadora. La misma que compartía con el hijo dedicado a descargar lo mejor del rock internacional. El chico, durante el día, realizaba prácticamente el mismo recorrido del padre vendiendo sus cd quemados de bar en bar, con todas esas bandas que su clientela le exigía. El padre lo secundaba en las noches. No existía un local en toda la ciudad en donde no lo conocieran, años en esa profesión que se había iniciado con cartas de amor a fuerza de estilográficas, manejando la plumilla como todo un artista, y al final de aquellas palabras cautivadoras, la firma del cliente.

De la estilográfica pasó a la máquina de escribir y de las cartas de amor pasó a los poemas como mercancía que le generaba una buena renta, sobre todo si los combinaba con las cartas de amor que continuaba escribiendo a mano, y a fuerza de bolígrafos desechables ante la escasez de la tinta Pelikan. Cada paseo nocturno equivalía a unos cincuenta poemas vendidos y a un número equivalente en misivas amorosas. Eso le generaba el dinero necesario para la compra de papel, para la manutención familiar y para algo de recreación los fines de semana.

Con el tiempo no le quedó más remedio que adaptarse a la tecnología y del escribir a mano durante las

noches de bar en bar, pasaba a golpear con sus dedos las delicadas teclas del computador, durante el día, viendo como aparecían las palabras frente a sus ojos. Esto le permitía mejorar la técnica pues ahora podía hacer correcciones sin desperdicios de papel y sin borradores antiestéticos, frases y oraciones que al ser tachadas le hacían olvidar las palabras por las cuales pensaba sustituirlas. Con la nueva técnica, escribía primero y luego procedía a borrar sin menoscabar el sentido de lo escrito.

Otra ventaja con los años fue descubrir los llamados buscadores en internet. El negocio entonces, se le hizo más próspero. La poesía comenzó a decaer en ventas y las cartas de amor ya eran anticuadas una vez que los emoticones las redes sociales y el correo electrónico se hicieron rutinarios. Entonces se le ocurrió vender cuentos. Los mismos que escuchaba de su clientela cada noche en sus recorridos. Años de historias que invadieron sus recuerdos. Solo debía hacer las mezclas, combinaciones y su condimento personal como lo había hecho siempre y sentarse a escribir.

Con el internet logró clasificar una veintena de temas: Amor, erotismo, aventura, drama, terror, suspenso, fantasías, extraterrestres, infantiles, policíacos, leyendas urbanas, sadismo, reencarnaciones, místicos, históricos, entre otros no menos solicitados. Escogía el

tema y el buscador se encargaba de mostrarle todo lo que había al respecto. Al azar copiaba cualquiera de ellos, lo guardaba en su carpeta de “cuentos para vender” para luego someterlo al bisturí, recortaba, agregaba párrafos, cambiaba nombres, ciudades, calles, avenidas, barrios, urbanizaciones y caseríos.

A los personajes los describía acorde a sus clientes habituales, y los sumergía en aventuras que ellos jamás habían vivido. Una vez impresas unas cuantas copias de la misma historia, tomando en cuenta sus bares preferidos para evitar así que existiese alguna relación amistosa entre ellos, procedía a su periplo nocturnal.

El cambio de estilo le llegó cuando se hartó de plagiar historias. El esfuerzo era descomunal, aunque en un principio le pareció pan comido. Más sencillo le resultaría escribir las suyas propias, se dijo. Así empezó a recordar casos de su niñez, de su adolescencia, de su adultez y ahora de sus años maduros. Para él la mayoría de aquellos relatos eran muy traídos por los cabellos, pero su clientela habitual los consideraba magníficos, soberbios, aunque algo extravagantes y muchos de ellos, no se conformaban con adquirir un solo cuento. Todos se sentían parte de aquellas narraciones, era como si ellos mismos las hubiesen escrito. A él no le gustaba ninguna de sus historias, pero tampoco se le ocurría condenarlas al cesto de la basura.

“Alguien las comprará”, murmuró, “entre gustos y colores...” había descubierto que hasta los relatos más sordos tenían fervientes lectores. Un cliente en especial pagaba por todas las que les sobraban, cuando él ya había realizado su recorrido habitual, y hasta lloraba con cada una de ellas, recostado sobre el mostrador del bar en donde pernoctaba cada noche. A menudo, las adquiría de a tres, de a cuatro, de a cinco y hasta de a diez. Viendo que el negocio le resultaba próspero, comenzó a escribir “cualquier bazofia que le pasara por la cabeza”. Esas, al parecer, eran las que más adoraba aquel hombre...tan extraño, siempre recostado al mostrador, buscando apoyo a su soledad. En cierta oportunidad le confesó que a su mujer le encantaban cuando él se las leía en el lecho, antes de quedarse dormidos, o al culminar la cena. A ella también se le salían las lágrimas “ante tanta poesía ilustrada con palabras”. Su mujer sufría de una enfermedad rara que ameritaba un tratamiento costoso y ya estaban casi en la ruina, le confesó. De modo que terminó convertido en uno de sus mejores compradores en vista de que aquellas lecturas le ayudaban a mitigar los dolores.

El negocio iba viento en popa. Las narraciones sobre amores abandonados copaban los primeros lugares de venta, las infantiles junto a las de leyendas urbanas les seguían de cerca. Luego venían las de extraterrestres, las de terror, las de animales, las religiosas, las

interplanetarias, las de insectos, las históricas, en fin la variedad era infinita tal cual su capacidad para crearlas.

Los domingos se levantaba tarde y los dedicaba a ver televisión, fue en uno de esos programas culturales, cuando pasaba canales que se detuvo. Ahí estaba su principal cliente, la anfitriona lo entrevistaba porque se había ganado 20 mil dólares en un concurso literario de cuentos de amor. Se trataba de una recopilación de unas 120 páginas titulado “cuentos de otro”, y debajo el nombre del autor: Alfredo Estacio. “Imagínate mi amor, que buena racha— le dijo a su esposa—, ese es uno de mis mejores clientes”, ya lo felicitaré cuando lo vea. “Pero esos no son los cuentos que tú les vendías”, le recordó la mujer. “Si, los peores que he escrito, que pena con ese señor”.

La gotera maldita

Todo se inició con la gotera inclemente que perturbaba su sueño. Desde hacía varios días la había observado en la esquina de la terraza que colindaba con su habitación en esa segunda planta, pero por falta de tiempo, había retrasado su arreglo

Esa mañana se levantó dispuesto. Acabaría con ella de una vez por todas y se quitaría de encima la culpa que el desperdicio de agua le originaba en su conciencia, más aún cuando en toda la ciudad la escasez era de pronósticos reservados. La emergencia acuífera llevaba unos cinco años y nada pintaba que las cosas podían mejorar. Él era un privilegiado por habitar en una montaña aislada, en donde se proveía del vital líquido, gracias a un manantial cristalino que podría ser la envidia de las tierras altas de Escocia.

Sabía a lo que se iba a enfrentar desde la noche anterior, cuando se acostó pensando en cómo resolvería la gotera a la mañana siguiente. Aquella casa, después de su divorcio, le había hecho la vida imposible. Probablemente Rosalba la había maldecido antes de marcharse. Ese fue su tercer divorcio y esa fue la primera vez que no fue él quien tuvo que abandonar el hogar conyugar en busca de nuevos derroteros.

Durmió plácidamente como no lo había hecho en semanas, a pesar de la gota. Se desperezó tarde con

respecto a su costumbre. Como todo jubilado, administraba su tiempo entre acudir a su bar preferido, escribir su novela (con la cual tenía ya siete años sin pasar de la página veinticinco) y cultivar en el huerto diversas hortalizas y legumbres cuando intuyó que la situación alimentaria en la ciudad iba a empeorar en la medida en que se sucedían los meses. La inflación arrasaba con cualquier sueldo por más generoso que fuese y aun con dinero en mano, los aparadores se encontraban vacíos y lo poco disponible era de muy mala calidad.

Una vez que dejó la cama se dedicó a su tarea matutina: montar la tetera para colar el café, preparar la dieta de Teodoro y de Porfirio (el viejo gato y el anciano poodle que le hacían compañía) y regar el huerto con la calma que aquella mañana soleada le deparaba. Más tarde desayunaría, pero primero, lo primero: la gotera, fija, tiqui, tiqui, tiqui, que durante días le perturbaba el alma. Ese era el objetivo primario, lo otro podía esperar. De no salir de ella ese día, no dormiría otra noche como la de anoche: “la excepción de las noches, fue esa noche de anoche”, pensó. Era cosa de minutos: despegar la tubería, colocar la nueva unión que tenía a la mano desde hacía semanas, a la espera de esta ocasión y listo. No más gotera insomne.

La tetera pitó y se dispuso a colar el café, lo combinó

con leche e intentó disfrutarlo como lo hacía cada mañana sentado al balcón, antes de existir la gotera. Ahí estaba ella, fija, cayendo sin pausa, burlándose de su paz espiritual. Teodoro y Porfirio a su lado, esperaban por su desayuno. Tomó su primera taza y se fue a la cocina para servirle a sus compañeros de vida la dieta del día. Una vez que los dejó satisfecho, regresó al sillón con su segunda taza de café en la mano y se dedicó a estudiar, mejor dicho, a analizar cómo resolvería el problema lo más rápido posible. Fijó su vista en la gotera, lo alto que se encontraba la tubería, unos seis metros con respecto a la planta baja, lo ajustada que estaba a la pared lo que podía dificultarle el girar la rosca en el sentido contrario para despegar ambos tubos. A la mano se encontraba la unión universal de PVP y el rollo de teflón para cubrir ambas roscas (recién adquiridos en la ferretería del pueblo a unos tres kilómetros de su vivienda) de manera generosa, evitando así alguna filtración al ajustar los extremos con la llave inglesa. Fácil: solo era cuestión de separar ambos tubos de metal, sustituirlos por los de plástico, colocar la nueva unión y ajustando ambos nipples, una vez cubiertos sus extremos con el teflón, adiós gotera, adiós sentimientos de culpa y adiós insomnio.

Como todo ser que vive aislado, tenía a su disposición herramientas para escoger, muchas de ellas aun sin ser usadas. Había de todo para emplearse en la

carpintería, albañilería, electricidad y plomería. Esas últimas eran las propias para el inconveniente que lo aquejaba. Evidente que si él disponía de todo aquello, era porque los problemas de la casa los resolvía por sí mismo. Ya había experimentado en carne propia las estafas de los contratados por hora, con los que casi siempre terminaba timado. La trampa en el país, al parecer, era una norma. No se podía confiar en nadie, y muy rara vez encontraba a alguien dispuesto a viajar tan lejos para hacerle alguna reparación de emergencia, cobrándole una suma exagerada por su trabajo. Su política, una vez que fue víctima de tantos estafadores (piratas, los llamaba él) terminó siendo copia de un viejo proverbio: “hazlo tú mismo si quieres que algo salga bien”. Por ello siempre aprendió un poco de cada uno de esos oficios y eso lo llevó a una crisis existencial, pues descubrió que mejor se vivía de los oficios que de los estudios, en su caso, dos doctorados en prestigiosas universidades extranjeras.

Sorbió el último trago del café dejando reposar la taza sobre el barandal y sonrió sarcásticamente ante el “ti qui ti tac” constante que rebotaba en su interior. Ahí estaba la gotera frente a él, y ahí estaba él frente a la gotera dispuesto a terminar con ella. Ahí también estaba la escalera esperando por él. Al colocar su pie en el segundo peldaño, pensó: “No es bueno vivir tan aislado con un gato y un perro a los sesenta años de edad e intentar reparar una gotera maldita sin tomar precauciones”. Sonrió y se dijo así mismo: “déjate de malos pensamientos, pareces un ave de mal agüero”.

¿Te vi o te miré? Regina

Ella se llamaba Regina, Regina Duarte, quien con nombre de actriz mexicana resultó ser un amor fantasmal en tiempos borrascosos, la que me inspiró a pensar que podía escribir estas dulces memorias con sabor amargo. Era un espíritu libre de esos que se te quedan atragantados en el corazón, ocupando un espacio sin pagar alquiler y con todos los recibos vencidos. Nos tropezamos, sabrá Dios por qué, en un laberinto del pasado en pleno presente donde érase una vez, la primera vez que la vi, no la vi con la mirada cargada de amor, sino más bien con un sentimiento colmado de lujuria, porque las miradas devienen en sentimientos, mientras las videncias nos muestran el pasado y el futuro, pero nunca el presente. ¿Qué vi, o qué mire cuando se ha visto mal o se ha mirado bien? Todo un retrato carnal, apetecible, gustoso, masticable, perfecta ella en su imperfección, sublime en medio de lo vulgar, abstracta dentro de lo preciso, falsa de toda falsedad, pero una imagen bella de belleza verdad. Luego de un corto noviazgo terminamos compartiendo nuestras vidas por un par de años llenos de contingencias, tiempos de reconcomios en donde siempre, uno de los dos llevaba la peor parte en nuestras disputas cotidianas, hasta que nos agotamos sin que fuese posible una reconciliación que borrara las

ofensas y humillaciones a las que nos sometíamos uno al otro.

El desencanto alcanzó actos extremos de los cuales al final ninguno de los dos tuvo por qué arrepentirse. La odié tanto como ella pudo aborrecerme y la amé de la misma manera en que creo debió ella amarme, en ese espacio tan corto y tan largo de tiempo, sin que ninguno de los dos cediera ante el orgullo mancillado por obras del pasado en pleno presente. Esa ruptura me creo una obsesión de venganza hasta ahora no satisfecha, lo que terminó generando un efecto dominó de aversión a todas las relaciones que he tenido hasta el momento, si es que hasta el momento las he tenido, o simplemente lo he imaginado, porque a decir verdad, a estas alturas no distingo si la historia que te cuento y que se supone que escribo o escribí es inventada o fue real. También puede tratarse de un juego, un mecanismo autodefensivo de mi cerebro desequilibrado que no logra conciliar el pasado real o ficticio, con el presente ficticio o real. O bien distinguir la ficción del pasado con la realidad del presente en pleno presente pasado, o viceversa, en medio de esta inestabilidad mental que me atormenta de manera racional.

Finalizado ese trágico período de tiempo plagado de dichos infortunios, regresaba yo de la provincia a la capital para retomar mis anteriores labores, buscando

olvidar lo inolvidable. Con mucho esfuerzo y en medio de un enorme desaliento, encontré alquilar un sencillo solar acorde con mis elevadas entradas que a decir verdad eran deplorables, pero aún con todos esos reparos, a estas alturas me invadía una triste alegría, llena de nostalgia y júbilo ya que el haberme deshecho de Regina y de sus adhesiones sentimentales, resultaba, para mí, una bendición celestial, casi endemoniada de marca mayor. Dejaba atrás un infierno gélido de rivales y a una ardiente Regina mundana y solitaria quien sostenía que lo de los rivales era producto de una mente enferma por los celos, como la mía, incapaz de distinguir entre el mal y el bien, entre lo bueno y lo malo, según como lo viera ella, o según como lo viese yo, porque lo malo para mí, era lo bueno para ella y así entre el mal y el bien, el bien era mi mal y el mal no era el bien que yo pensaba era su mal. En fin, mal que bien, los dos la pasábamos mal cuando estábamos pasándola bien y muy bien cuando la estábamos pasando mal... Pero en lo que a mi concernía la maldad estaba a la vuelta de la esquina para pasarla bien, y el bien a kilómetros de distancia para pasarlo mal. Pero no nos enredemos, que para complicaciones basta conmigo que vivo como insecto atrapado en telaraña y no me gustaría hundir en esto a nadie más que no esté tan ahogado en miserias como yo lo estoy, en lo que atañe al bien y al mal, que si a bien vamos, gracias al mal sabemos de la existencia del bien, vaya

usted a saber si con la presencia del bien, también entonces estamos conscientes de la esencia que caracteriza el mal.

Así que el último de los varios males a los cuales me enfrenté cuando se inició mi disertación entre el bien y el mal dentro del cual Regina y yo no encontrábamos acuerdo, y por el cual terminé donde estoy ahora, lejos de su influencia desestabilizadora, fue el mal de la fidelidad por los cuernos a calzón quitado, sin luz intermitente, en medio de mí ceguera pasional que ella denominaba “amor libre”, en una especie de remix de los años sesenta que en fin, no era algo que estaba bien o mal, porque todo era según como se viera y desde la perspectiva del deslumbramiento ante lo visto, a primera vista de quien lo viera. Porque no siempre lo que se ve a primera vista, suele ser lo mismo a la segunda, como un bien ante el mal que en un principio yo creí haber visto. Ahora dime tú, si tengo o no razón en pensar que dentro de toda esta locura, (aunque yo de loco no debo tener nada, así lo parezca y pareceres no son deberes), me encuentro aquí contigo, contándote sin contar, lo que Regina me contó acerca de lo que yo había visto aquella tarde, en nuestra propia habitación, cuando al abrir la puerta fui testigo fiel de un acto infiel que me ha llevado a esta venganza sin fin que deseo escribir, y que escribiré apenas logre maquinara como escribirla. Así que vi lo que vi, y ellos, ambos dos, me vieron viendo y enton-

ces yo los vi a los dos viéndome, ahí paraditos sin soltar palabra. Luego ellos se vieron entre ellos y volvieron la mirada para verme mientras yo los veía. Ante aquel trío de miradas sólo se me ocurrió pedir disculpas por estar viendo lo que no debí haber visto. Cerré la puerta dejándolos viéndose entre ellos, y me pregunté si realmente había visto lo que vi. Permanecí durante un espacio de tiempo pensando si debía de nuevo abrir la puerta para asegurarme de mirar lo que había visto y entonces me atreví a dar una ojeada más, pero ahora miré y no vi lo que había visto. Ahora dime tú otra vez, si es posible ver sin mirar o mirar lo que no se ha visto, dime tú, porque a estas alturas estoy casi seguro de que ver y mirar no es lo mismo, y aunque parezcan sinónimos, desde mi punto de vista, son antónimos sin miramientos, eso de mirarse sin verse, al verse vistos sin mirarse.

El secreto de los libros

Los libros guardan muchos secretos que nadie busca descifrar. Esa fue la conclusión a la cual llegó Marcos Marín, aquella tarde cuando revisaba los suyos en un ataque de nostalgia dominical. Todo esto producto de su última entrevista con Ana Blessman.

Ana Blessman había fallecido en un insólito accidente el día anterior en que su imagen aparecía a página completa en el matutino en el que Marín colaboraba desde que se ganó un premio con una novela de la cual apenas se imprimieron unos pocos ejemplares. En esa ocasión Marín resultó ser el único concursante, pues en un país gobernado por una dictadura, ningún intelectual se atrevía a legitimarla culturalmente, consignando su obra ante el Ministerio respectivo. De modo que, sin mucho esfuerzo, logró ganar el certamen con una vieja novela cuyo título dejaba mucho que desear con respecto a su personalidad, (naturaleza alta conocida en los círculos de bebedores habituales que frecuentaba sin ningún tipo de pretensiones), el bodrio se llamaba “El último trago”.

Aquel premio fue celebrado entre su círculo de admiradores a más no poder pues, siendo conocida su perseverante adicción a los bares diseminados a lo largo y ancho de la ciudad, no era de extrañar que hi-

ciese de las suyas en cada encuentro. Antros en los cuales recitaba poemas y recopilaba historias para sus futuros manuscritos, por lo tanto hacer de aquel premio unas fiestas patronales formaba parte de su diario trajinar. Hacía varios años que se había retirado del periodismo activo, sin embargo lograba colocar sus polémicas entrevistas, en las páginas culturales de su viejo periódico. Esto debido a la amistad que lo unía con el presidente del grupo editorial por quien sentía una admiración poco compartida con el resto de los colaboradores a destajo, que rellenaban el resto de las páginas con críticas de cine, reseñas de libros y muestras teatrales.

Lo de la Blessman fue una entrevista casual. Era una escritora consagrada y acababan de editarle su última novela titulada “La venganza de las letras”. Marín asistió a la presentación y luego de tomarse los respectivos whiskies y guardarse unos cuantos canapés en su bolso, se le acercó con el pretexto de hacerle una entrevista para el matutino “más prestigioso de la ciudad” a la espera de una cita que le permitiera resolver unos tragos gratuitos que no estaban demás, cuando se trataba de invitados extranjeros. La decepción le llegaría cuando ella accedió de inmediato, dejándolo con la libreta en mano, en donde pensaba escribir la hora y el día del encuentro. Le fallaba la estrategia, pero igual haría la entrevista.

Recordaba ese instante paseando su mirada frente a decenas de títulos, mientras respiraba el tufillo, a ropa mojada por la lluvia, surgido de los libros que extraía uno por uno de la biblioteca. Ya en sus manos, los acariciaba y agitaba el plumero sobre ellos para despojarlos del polvo añejo acumulado en sus lomos. Luego venía el desfile de páginas, una tras otra, auxiliadas por el pulgar, permitiendo así que aquella acción llenara de vida a cada uno de los personajes contenidos en ellos, sólo capaz de detenerse al encontrar un recuerdo lejano: un cheque devuelto, un factura de pago, una tarjeta con dirección desconocida, una postal de un pasado remoto, un poema de amor nunca entregado. En ese andar de páginas, héroes, galanes y villanos, salían del cautiverio que significaban las palabras para volverse seres virtuales con los que él interactuaba. Detenía el recorrido de vez en cuando para leer algún viejo subrayado, o notas escritas a pie de páginas de su propio puño. Le gustaba cazar gazapos pues apostaba que en el mundo de la imperfección, nada era perfecto y entraba en discusiones con los personajes. Algunas citas cobraban vida en su memoria, otras habían quedado tan lejos en el olvido que era inútil buscarles algún sentido.

Cada libro poseía vida propia según su apreciación y cada lector le otorgaba vida propia a cada libro. Durante la entrevista con la escritora consiguió un volu-

men gratuito con la respectiva dedicatoria y al redactarla apenas suscribió un par de párrafos que le llamaron la atención al azar, así como la sinopsis dispuesta para los lectores en la contratapa. Prácticamente dedicó todo el espacio a la personalidad de la autora: divorciada, sin hijos, precavida, atenta, precisa en cada respuesta, pichirre, nostálgica, tiránica y autosuficiente. Calculó la edad pero no se atrevió a preguntar directamente, ya la “googlearía”, pues en la reseña expuesta en la solapa de la novela no aparecía su fecha de nacimiento, y junto a una fotografía que la revelaba más joven, sin las líneas de expresión que resaltaban cuando asomaba una sonrisa, sólo se enumeraban sus novelas con las fechas respectivas de su publicación.

El diario dominical había triplicado su tiraje esa mañana. En la portada, compitiendo con la noticia principal, sobresaliente a tres columnas en la margen superior izquierda, aparecía la foto de aquella mujer con un titular a dos renglones:

Encuentran muerta a la autora

De: “La venganza de las letras”

Luego se detallaba que la mujer se había colgado de una viga con el cable de una lámpara que reposaba serenamente sobre el bar al lado de una botella de whisky a medio beber. Los detectives pre-

sumían que se había quitado la vida quizás ante un ataque depresivo no obstante las averiguaciones apenas se iniciaban. La clave para tal presunción era demasiado evidente. La silla volcada a sus pies no dejaba ninguna duda, aunque resultó infructuosa la búsqueda de la nota típica con un: “no se culpe a nadie de mí muerte.”. De igual manera otros hechos aportaban más elementos a la tesis del suicidio como bien lo demostraba lo perfectamente ordenada que se encontraba la suite del hotel, o bien, la inexistencia de señales de violencia en el cuerpo en donde sólo la marca del cable exprimiendo la yugular, mereció especial atención por parte del forense. A su entender pudo existir cierto arrepentimiento al final ya que las manos mostraron algunas quemaduras en sus palmas, laceraciones como si una vez tirada la silla sobre la cual apoyaba su cuerpo, sintiéndose sin apoyo, la víctima hubiese intentado soportar su peso tomando el cable a la espera de que este cediera.

La noticia había impactado a Marcos. Rosalba, su mujer, lo sacó de la cama apenas recogió el periódico en el kiosco de la esquina esa mañana de domingo, luego de las típicas compras para el desayuno.

—Amor —dijo— ¿esta mujer que aparece en primera plana no es la escritora que entrevistaste el miércoles?

–¿La Blessman?...Sí, la Blessman. ¿Cuánto espacio le dieron?

–El titular principal. Aquí dice que la encontraron muerta.

Marcos saltó de la cama como si le hubiese picado una avispa.

–¡Carajo! Y tuvieron el tupé de publicar la entrevista hoy, sin un ápice de consideración.

Leyó detenidamente toda la información de sucesos y luego pasó al cuerpo literario. En la sección de entrevistados, abriendo página, aparecía su firma bajo el titular: *“El secreto de los libros”*

Ella

Observó a la chica a una distancia prudencial. No tendría más de 35 años y él casi le doblaba la edad. Era un sueño de mujer y se dijo así mismo, que daría cualquier cosa, incluso su vida por estar con ella tan solo por una noche. Seguro la invitaría al teatro, o al ballet, también a un concierto con la sinfónica de Londres que se presentaba en el teatro Colón, esa semana como orquesta invitada, en vista de las fiestas que engalanaban a la ciudad, debido a uno de sus tantos aniversarios gloriosos.

Primero la llevaría a cenar al mejor restaurante de la ciudad. Él recomendaría la langosta y una ensalada capresa con queso de búfala. Le diría que es bueno maridarla con un vino blanco, quizás un Riesling de Alsacia. No simpatizaba mucho con los viñedos alemanes, pero de seguro ella estaba acostumbrada a los chilenos, argentinos, españoles y franceses. No se esperaba que él le sugiriera una variedad del Rin, más tánico en boca, denso y con un cuerpo, como el de ella. Se gastaría los ahorros de toda su vida, al fin y al cabo, moriría al siguiente día, una vez concedido ese deseo por algún ser divino, celestial o bien, maléfico, el caso es que no le importaba mucho lo que le sucediera después de esa noche.

La pasearía por algunos lugares conocidos para que

sus viejos amigos revivieran esa envidia que le tenían desde que eran jóvenes cuando él era todo un galán sin saberlo. Sería extraordinario, pensó, dejar entrever una última vez lo que siempre ellos creyeron y lo que él jamás desmintió a sabiendas de que nada de lo imaginado por ellos tenía un ápice de certeza. Fue un tiempo en que él no tenía conciencia de la atracción que ejercía en las chicas de su edad y también en las más veteranas, incluso con maridos e hijos de por medio.

La siguió con la vista hasta que ella tomó asiento en la terraza de ese café con nombre que le hizo gracia, Torcuato y Regina, el cual hacía esquina frente a la plaza San Martín en Buenos Aires. Era un mediodía cálido con un sol envidiable, un cielo azul sin una nube y una temperatura para enamorarse de unos 15 grados. Él venía de una caminata desde Floridita y había estado hospedado en el hotel Esmeralda, en la calle del mismo nombre. Desde allí alcanzó la Santa Fe y de pronto se encontró con la plaza y la chica que cruzaba la avenida, para terminar ocupando un asiento en una de las mesitas bien ubicadas en la acera, precisamente la que se encontraba debajo del farol. Cómo sería verla alumbrada de noche por esa luz blanca como la luna.

Él no tenía ninguna enfermedad terminal, al contrario, gozaba de perfecta salud (de qué le valía eso si

no disfrutaba de la vida: dieta saludable, tragos comidos, gimnasio a diario, pensionado, lector compulsivo, sin hijos, sin pareja y estudiante de cocina por no dejar) y su rutina se iniciaba con un recorrido de librerías, luego de tiendas musicales, terrazas en Recoleta, Cementerio de Chacarita, cueros y pieles en Murillos, bajada del tren en alguna provincia fuera de la ciudad, recorrido por sus plazas funestas, tragos en los bares más sombrío cercanos a las plazas o estaciones del tren, regreso al caer la tarde al centro de la ciudad, teatro o cine, bares y boliches. Finalmente, pizza en la 4 de mayo y a dormir. A donde iba poco era a Tigres. Y a donde iba mucho era a una zona en donde alguna vez existió Abastos. Odiaba ese enorme mall que acabó con la barriada y buscaba cuchitriles por los alrededores que le hicieran recordar lo viejo de ese lugar.

Aunque él no era argentino, se había leído todas las obras de Cortazar y de Borges. Si le preguntaran por otro escritor, ténganlo por seguro que no tendría ni idea. Allí en la ciudad, todo lo hacía a pie. Caminaba hasta que el cuerpo le exigía un descanso. De vez en cuando usaba el subte y raramente el bus, excepto cuando iba de paseo a Belgrano para recorrer la avenida Cabildo, visitar el River Plate y deambular por el barrio chino, buscando alguna baratija para regalar, o bien para irse a Tigres, desde la estación del tren.

Tantos años viniendo a Buenos Aires, tantos años de soledad a la espera de convencer a alguien que lo acompañara a esa ciudad de sueños, que le originaba un sentimiento peregrino al salir de ese aeropuerto apenas con un equipaje de mano, solitario, buscando algo desconocido, que no lograba precisar en todas esas idas y venidas. Ninguna otra ciudad lo había atrapado tanto: Madrid, Paris, Londres, New York, Bruselas, Lisboa, Santiago, Bogotá, Lima...

Se lo propuso desde la otra acera del frente, si de fe se trataba, pensó, este era el momento de colocar toda su credo en ella. No por casualidad la avenida tenía el mismo nombre. No por casualidad había caminado al descuido desde Floridita, no por casualidad se había hospedado en el Esmeralda Palace, no por casualidad él se llamaba Fernando, si le quitabas el resto, las letras dejando solo las dos primeras, podía entenderse como una señal de que al final de su vida, descubriría la atracción que sentía por aquella ciudad.

¿En busca de qué cosa regresaba una y otra vez? ¿De dónde le venía esa necesidad imperiosa de aclarar el misterio?, entender, racionalizar, conocer el porqué de esa obsesión. Debía eliminar de una vez esa ansiedad que lo embargaba, y aunque algo tarde por los años que le habían caído encima, pero consciente de que el tiempo no perdonaba un momento de locura, decidió que ya era hora de esclarecer eso que todos sus amigos, menos él, llamaban "felicidad" aunque fuese solo por una noche.

Palabras del olvido

Estoy loca, y de remate... Totalmente desfasada de la realidad y no quisiera pasar el resto de mi vida en una institución para dementes. No... ¿Te imaginas? no lo podría soportar. Que no comprendo cómo lo puedes estar leyendo. Que te digo que yo nunca lo he escrito, solo lo he pensado o alucinado en un sinfín e inagotable transitar de recuerdos olvidados.

Que no, que no, que te repito que no he escrito eso que dices que escribí. ¿Cómo pude escribir lo que no he escrito?... Que te cuento lo que te cuento que quiero contarle, cuando contando y contando, me voy repitiendo y tú insistes como si estuvieras leyendo lo que te cuento que no escribo, que, según tú, venía escribiendo para no contar lo que tú estás leyendo que yo te estoy contando.

¿Qué clase de enfermedad neuronal podría estar padeciendo que me hace olvidar a ratos lo que hago, que no hago que tú dice que he hecho? ¿Será que podré terminar de narrar lo que le narro o de contar lo que cuento, escribir lo que no escribo, e imaginar lo que imagino, recordando y olvidando lo que recuerdo y olvido, mintiendo verdades y escribiendo lo que no escribo, para escribiendo dejar de escribir lo que no he escrito?

Que no recuerdo ni mi nombre, aunque estoy consciente de donde me encuentro. Por ahora soy sólo un personaje de tragedia, envuelto en una maraña de historias a tiempo y destiempo que no tienen principio ni final. Historias sin comienzos y que apenas empiezan terminan, pero como son historias que no tienen final, tampoco deberían tener principio. Historias supuestas, tal cual como supusiste, que yo las escribía, pero que, si en verdad no las escribí, debería haberlas escrito, cosa que con gusto haría, si tuviese alguna idea de cómo se escriben. Historias que escribiéndolas me escribo, descubriendo que como personaje que se escribe así mismo, describiéndose, soy una madeja de sentimientos encontrados, logros y frustraciones en donde los logros no son más que frustraciones y estas últimas terminan siendo unos logros que no lograré entender mientras me encuentre en este estado de ida y de regreso sin parada intermedia, entre párrafos sin espacios ni puntos suspensivos.

Es una falla de sincronía entre mis dedos y mi cerebro, porque las frases en mi cabeza se transforman al llegar a mis dedos y lo que escriben mis dedos, no es lo que pensaba mi cabeza. De ahí que mi cabeza piense que no he escrito lo que escribí, porque mis dedos se niegan a escribir las frases que salen de mi cabeza. Luego me quedó en blanco, pensando que estando en blanco, mis dedos no pueden escribir lo que no estoy pensando, porque en blanco, definitiva-

mente, no pienso... —eso pienso cuando me quedo en blanco pensando, pero luego cuando retomo lo pensado antes de quedarme en blanco pensando, pienso que pude haber escrito pensando lo que no estaba pensando porque tenía la mente en blanco— En ese espacio de tiempo, recuerdo verme en medio de imágenes difusas, (antes de que me olvide que me vi en imágenes difusas) sentada frente a mi vieja máquina de escribir dispuesta a narrar el primer capítulo de una novela autobiográfica que al parecer nunca narré, pues en el cesto de la basura donde lanzaba los borradores que no escribía, reposaban todas las hojas, sin una línea, sin una palabra, sin una frase coherente, arrugadas en un blanco total, tal cual como estaba mi pensamiento, mientras pensaba que narraba una historia autobiográfica, cargada de memorias extraídas del baúl de los recuerdos, en una involución temporal de pérdida de memoria. Por lo tanto, mis dedos no pudieron escribir imágenes difusas porque las imágenes (y menos si son difusas) no se pueden escribir en palabras. De ahí el resultado de las hojas arrugadas en blanco, que si a ver vamos, no deben estar en blanco, sino que deben ser las imágenes difusas que mis dedos creían que escribían cuando no podían escribir imágenes porque las imágenes no se escriben.

Se suponía o bien así yo lo creí en aquella ocasión tormentosa de recuerdos, que me había inventado un personaje que terminaría escribiéndose a sí mismo

como si yo escribiese sobre él, narrando mis memorias anárquicamente y convirtiéndome en el objetivo perfecto de sus locuras. Me equivoque al intentar aquello pues no fui yo quien se suponía escribiría al personaje, todo lo contrario, el personaje terminó escribiéndome a su antojo convirtiéndome en marioneta de esa historia que tú, sostienes estar leyendo. No tengo idea de cuando se inició todo este proceso de escribir sin escribir, o hablar escribiendo sin hablar. Y espero que en algún momento termines de leer o de escuchar lo que no he escrito. De modo que permítete hablar una vez más, sin escribir lo que dices que escribo, y contarte el por qué escribo, en vez de hablar, una historia sobre el olvido de las palabras, trágica, sublime y ridícula. Salto atrás, salto adelante. Intermedio y medio, en medio de un olvido que me lleva a olvidar los recuerdos vividos del olvido.

Del muerto a vivo o del vivo al muerto

Cierto, había algo acá a pesar de todo lo que la ciencia negaba y las religiones pregonaban constantemente, de eso los vivos no tienen ni idea, solo nosotros los del mundo de acá, pero para saber de eso tienes que cruzar el umbral y por supuesto hay que estar muerto y no vivo para llevar a cabo tal proeza. Lo primero que vas a descubrir es que el tal túnel por el cual uno debía transitar hasta el acá, del cual hablaban algunos no existe. Tampoco la luz violeta y menos uno amigos o familiares que están a tu espera para recibirte sin que sufras ningún trauma en el proceso, tal cual como si se tratara de la llegada a un aeropuerto de visita a países desconocidos.

Aquí igual se trabaja como allá y la moneda oficial es el Dios, un consenso al cual se llegó sin mucha polémica. Como no hay inflación galopante, el salario alcanza para cubrir todas las necesidades superfluas que puedas tener en un principio, mientras te acostumbras a la estadía. Digo superfluas porque aquí, en el acá, la vivienda y todo lo necesario para una existencia confortable es gratuito y, si acaso, apenas debes cancelar gastos suntuarios en diversiones como tragos con los amigos, idas al teatro o al cine y libros, porque el acá también necesita de ciertas en-

tradas para mantener la burocracia interna. Les cuento que hay de todo tipo de cofradías, nada más que en el ambiente cultural, se pierden de vista. Luego vienen las organizaciones por profesión y así, los arquitectos forman su grupo, los ingenieros el suyo, los médicos, los científicos, los curas, las monjas, los educadores, los músicos, los artistas, los periodistas, en fin cada quien con cada cual, sin miramientos por religión, color de la piel o tendencia sexual. En el acá nadie puede ser excluido y los que llegan menos preparados pueden asociarse a cualquiera de estas instituciones para cultivarse con las experiencias de quienes en ella interactúan libremente. De modo que los pobres, los indigentes, las amas de casa, los artesanos y alquimistas, los técnicos, así como los recién llegados, como este servidor, que se desempeñaban en oficios varios tal cual plomeros albañiles, carpinteros y demás, pueden entrar cuando, como y donde quieran a todas las cofradías existentes. En mi caso, porque yo llegue directo a la cofradía de los poetas, contamos con varios médicos, unos cuantos artesanos, varios plomeros y unas andadas de albañiles, (que ganan más dioses que nosotros y cancelan más gastos suntuarios) también hay abogados y uno que otro ingeniero o arquitecto, porque al igual que en la anterior vida, al parecer, nadie está satisfecho en esta otra con los que se es. Así tenemos que un médico quiere ser escritor y un escritor vive automedicándose (aunque

aquí no hace falta ya que las enfermedades no existen) porque siempre quiso ser médico. Igual con los otros profesionales que llegan a nuestro conciliábulo con unos textos poéticos para leernos que más vale pegarse con una piedra en los dientes, que escucharlos con la atención que ellos exigen les seas prestada. Pero se la pasa bien.

Como les decía, aquí se trabaja, pero no como allá, depende de las peticiones que llegan del otro lado para ser distribuidas entre los gerentes de este lado de la existencia, que no sé si llamarla existencia o más bien la no existencia, porque la otra existencia en nada se parece a esta. Ya yo lo sospechaba desde que existía en la anterior. Por un tiempo justifique el recelo con la vieja teoría de la relatividad hasta la segunda ley de la termodinámica, degradación total que en este acá, se transgrede sin que ninguno de los presentes, ausentes en el allá, oponga resistencia. Por cierto, por ahí divisé a Einstein con su eterna pipa en los labios, cuando paseándome por varios tugurios decidí entrar en el de los científicos para ver en qué andaban en esta otra existencia. Mi estadía duró poco, pues hube de salir raudo y veloz antes de que llegaran los oficiales de seguridad de este lado de la existencia, en vista de que Albert no aguantó una crítica mordaz de Stephen Hawking y terminaron cayéndose a trompadas en pleno bar. Por cierto, a Hawking se le veía muy bien sin esa silla para paraplégicos que usaba en la anterior

existencia. Pero no quisiera salirme del tema en el cual andaba... Ah sí, les decía que aquí se trabaja acorde con los pedidos y con el Santo que te designen apenas llegas. Yo como era bebedor de cervezas y cristiano, me pusieron a la orden de San Arnulfo, pero a mi amigo Saúl Alvarado que había llegado unos diez años antes que yo y era pagano, lo colocaron en la nómina de Baco. Y no es que haya mucha diferencia entre Arnulfo y Baco, sólo que con Baco se trabaja menos, porque tiene menos personal y menos pedidos de favores desde el otro lado. Con Arnulfo, tampoco es que uno se la pasa auxiliando borrachos, o evitando que se vayan por un precipicio por manejar ebrios en la otra existencia, pues en nuestra empresa, más bien sobran los empleados, de modo que el trabajo es cómodo y gratificante. Yo desde que pasé a este lado, en apenas tres meses, me ha tocado un caso por mes. Del resto me he echado los testículos al hombro. (Un decir, porque aquí se usan pocos, a pesar de que las putas sobran) Coloco la afirmación entre paréntesis porque otra cosa que no se puede escribir, son las ofensas. No es que haya censura, sino que las mismas si van entre paréntesis no son válidas para las sanciones que se imponen cuando te excedes en el uso del lenguaje. Pero ya que lo mencioné, hablando de la profesión más vieja del mundo (que no es la brujería) también las chicas tienen sus lugares de "reunión". Dios la crea y ellas se juntan. Hay uno

por el lado norte del acá, administrado por San Lucas al cual vamos cuando nos pasamos de trago, nada más que para husmear, aunque a Saul Alvarado y Armandito Contreras, lo de husmear no es más que un decir, porque aparte de eso también exploran los bajos fondos de las chicas en cuestión cuya amabilidad sorprende, si a uno le da por compararlas con las existentes del otro lado de la existencia. Ya les hablaré de ellos más adelante, porque una vez que Saúl llegó a esta otra existencia, convocó a los conocidos para crear lo que él denominó El Arca de Noé. Con este invento, regresaba a sus nostalgias de la vida bohemia anterior y recreaba lo que no pudo recrear cuando era más joven, y no lo dejaban circular por aquellos predios de poetas excluyentes.

Regresando al tema laboral, les cuento que también aquí hay sindicatos dirigidos por varios Santos a cuya cabeza se encuentra San Justo, encargado de la defensa de los trabajadores, para evitar que sean explotados por los “Santos capitalistas” dirigidos por San Judas Tadeo y sus lugartenientes como San Onofre, San Expedito, San José de las Lajas, San José de las Matas, San Juan de Acres, San Juan del Mar, San Juan de los Remedios, San Marcos, San Nicolás, San Pedro de las Colonias, y Santo Domingo de Silos, entre otros no menos conocidos, quienes monopolizan sus respectivos mercados, tal cual como ocurre en el allá... Incluso aquí también están los que les sale en

gana no trabajar e igual cobran sus sueldos gracias al sindicato de los “Que no les da la gana de Trabajar” que ampara a miles de “trabajadores del gremio” cuyo lema es: “con la vagancia existencial nadie se mete”, muy bien asesorados por San José Obrero. Por un tiempo se me ocurrió afiliarme a este gremio tan excelso, pero luego pensé que acorde a su filosofía sobre el trabajo, me iba a fastidiar de no hacer nada, haciendo nada todo el tiempo, cosa que se puede hacer aquí sin ningún esfuerzo que amerite hacer algo. Pero, en fin, cada quien hace lo que le gusta hacer y hasta quienes no hacen nada, aquí lucen como si hicieran alguna cosa. Al respecto qué puede opinar uno como recién llegado a riesgo de meterse en problemas por buscar una plaza para hacer algo, cuando lo mejor es no hacer nada como lo revela el número desorbitante de hacedores de nada que contempla dicha asociación, en este acá que nada tiene que ver con aquel allá.

Para las otras religiones también existen lugares de encuentro. El caso de los musulmanes es realmente monopólico porque no hay sino un solo Dios y unos cuantos “elegidos”. Como hay tantos emigrados aquí debido a las guerras intestinas, ni el Dios, ni sus elegidos se dan abasto para ayudar a los del allá, con buenos resultados. El trabajo los estresa al extremo por la dificultad de no poder delegar funciones, y allí si es verdad que no se menciona nada sobre gremios

y sindicatos. La cosa ahí es un caos total pues todo el que llegó, descubrió que lo que le habían contado en el allá, no tenía nada que ver con el acá. ¿A quien se le había ocurrido que había que exterminar a los católicos de allá cuando acá todo el mundo anda de lo más conforme sin establecer diferencias entre lo uno y lo otro? Lo peor para ellos (y será su castigo) es encontrarse con que los desmembrados (en el acá totalmente enteros) producto de una carga de explosivos, aquí están de lo más gustosos y sin sentimientos de odio por quienes los enviaron para acá cuando la estaban pasando bastante mal en el allá, ahora en el acá conviven todos contentos y más felices que unas perdices.

También resulta que hasta los malos del allá, son ahora los mejores del acá, imagino que pagando sus culpas de haber sido tan malos en el allá. Aquí todo se perdona, pues los malos en el allá que se encargaron de mandar a muchos buenos para acá asesinando o negando recursos de subsistencia, sin estar al tanto les hicieron un gran favor, por eso es que en el acá somos agradecidos con los malos del allá.

Aunque en esta otra existencia se portan de maravilla, no se salvan de volver al allá cuando les toca su tiempo del regreso, pero en esta oportunidad deben padecer los mismos sufrimientos que infligieron a sus congéneres estando en el allá. Eso es lo que aquí lla-

man el infierno. Es rutina preguntar por estos lados acerca del paradero de fulanito o sutanita y escuchar como respuesta; “lo mandaron al infierno. Quién lo iba a imaginar. Tan bueno que eran en el acá”. Por ello aquí siempre hay dudas cuando te tropiezas con algún bonachón recién llegado del allá. Con los hindúes, la existencia en el acá se torna complicada, porque hay miles de dioses, aunque sean aspectos distintos del Brahma, cuyo nombre nunca se me olvida porque en el allá resultaba ser una de mis cervezas preferidas. Como bien les conté apenas soy un recién llegado, por ello imagino que esta empresa de dioses cuenta con una nómina mucho mayor que la cristiana, lo bueno es que por ser tantos siempre pierden las elecciones al no ponerse de acuerdo con un candidato unitario de oposición que le dé un giro político al acá. En cuanto a los chino, se dice que no hay forma ni manera de integrarlos en la cultura general, de modo que conforman su sistema aparte y nadie los critica porque nunca se tienen cifras de la cantidad de ellos llegados al acá por la vía legal, a sabiendas que muchos ya no existen en el allá, según afirman los infiltrados llegados al acá. En fin, aquí no se les conoce ningún Dios, pero adoran a unos tales inmortales, vaya usted a saber el porqué, cuando en el acá, todos los residentes gozamos de ese mismo privilegio. Afortunadamente, en lo que a asignaciones, salarios, compras y sobornos se refiere, todos nos manejamos con la

misma moneda: el Dios, un consenso al cual llegaron la mayoría de los dioses, eso sí: “el Dios”, tal cual sin ningún otro anexo o calificativo.

En mi conciliábulo poético, logré encontrarme con Rubén Darío. Quien recién retornaba de una reencarnación de pájaro, el poeta quería saber lo que se sentía andar volando por esos cielos azules del allá, en un retorno nostálgico por el largo tiempo que tenía en el acá desde hacía ya un par de siglos con tantas idas y venidas sin recordar que se ha ido y venido a cada rato. En el acá perteneció a la resistencia organizada junto a Machado, García Lorca, Vallejo, Withman, Neruda, Octavio Paz y varios muchos otros poetas que de mencionarlos no acabaría de contarles esta historia. Bueno Esos poetas conformaron esta organización cuando descubrieron, luego de un tiempo de trabajo comunitario y de trabajo sin trabajar, y del no hacer nada haciendo algo, comulgando con el sindicato de José Obrero, que el ir y regresar formaba parte de un plan cuyo objetivo era la creación de poetas en el allá, aprovechándose de los que se encontraban en el acá. De esta manera el acá lograba reciclar poeta tras poeta en una ida y venida de poetas que lucía entre ellos como una especie de apoderamiento o robo de los Derechos de autor, plagio, en otras palabras, puesto que al regresarlos al allá terminaban haciendo lo mismo que antes habían hecho, bajo la anterior existencia, y eso, en el acá, originaba cente-

nares de denuncias y se les acusaba de formar parte de los malos, siendo ellos mismos, viviendo en “otros”, lo que siempre habían sido viviendo en ellos. De modo que cuando se les acababa su tiempo en el allá, aquí por tal transgresión cometida, luego de un tiempo de permanencia, era regresados al infierno para pulgar su pena. Esto terminaba convirtiéndose en un círculo interminable de idas y regresos, sin que pudieran comprobar (por aquello del olvido del pasado) que se habían plagiado así mismos en el allá por haberlos devueltos desde el acá. Ningún sistema es perfecto, ni siquiera este, el de acá. Por lo tanto, el círculo vicioso no tenía ni comienzo, ni final. Según la norma impuesta, se establecía que si estando en el allá, cometías un delito, te veías obligado a regresar de nuevo desde el acá para el allá, y así sucesivamente hasta estar más o menos puro de pecados, es decir, no un santo, pero al menos un ser solidario y buen ciudadano, buen vecino, buen padre o madre, buen hombre o buena mujer, o buen poeta, pagar tus culpas en ese mundo del allá miserable, ambicioso, cruel e irresponsable. “Dios, que vaina nos echaste encima”, fue la expresión de Rubén Darío cuando lo alcanzó un leve recuerdo, más o menos plagiado de Voltaire, quien ya estaba cansado de ir y venir, en su caso lleno de recuerdos que por razones misteriosas no se les borraron y esperaba, gracias a guardar el secreto, una pronta jubilación eterna.

Lo que sucedió con el tiempo, que aquí es eterno, es que, a fuerza de rumores, las conjeturas no se hicieron esperar. Por ello la resistencia comenzó a exigir una reforma constitucional para eliminar ese ir y venir de los buenos en el acá que eran considerados malos en el allá al decretarse su regreso, y por causa de ese yo inexistente que deberían olvidar el yo existente, y por lo cual al conservar la parte de la memoria retrógrada del yo existente, terminaban cometiendo un delito que le hacía formar parte de los malos que nunca se castigaban en el allá, pero en el acá recibían su merecido obligados a regresar al allá para purgar sus culpas. Ahora bien, eso de ir y regresar, regresar e ir, terminaba siendo un desgaste espiritual que ninguno de los poetas estaba dispuesto a continuar haciendo, aunque haciendo lo que se hacía, no se hiciera nada nuevo, porque haciendo lo que ya se había hecho, era como no hacer nada porque lo hecho, ya se había hecho. Cosas de poetas. En fin, lo de la resistencia sigue en pie, sin que ninguno de sus miembros logre saber que reclamar, puesto que nadie recuerda lo que hizo en al allá y estando en al acá, es otro huésped más, aunque sea el mismo que se fue bajo otra apariencia quien termina afiliado al contubernio en el cual me encuentro, pensando si yo no soy uno de esos que tantas idas y venidas han tenido.

Al llegar, mis primeros contactos, aparte de Saúl Alvarado y Armandito Contreras, fueron el poeta Arturito

Castro, quien se resbaló intentado alcanzar la ventana de su apartamento en un piso 13 (ya pavoso por el número) porque en una de sus borracheras habituales, había extraviado las llaves. En aquella peña de recibimiento, también estaba Adriano González León, quien, con toda dignidad de poeta, se vino para acá sentado a la barra de su botiquín preferido una vez que sufrió un infarto fulminante. Félix Chacón no era poeta, sino mecánico, pero se la pasaba con todos los poetas bebiendo en el viejo barrio español de La Candelaria, leyéndoles sus poemas y robándose los que dejaban escritos en servilletas al descuido. Salió a medianoche a buscar a los hijos que se habían accidentado en un tramo de la autopista, y un camión en manos de un conductor ebrio, lo condujo al infinito. A Vitico Palacios, y a Luis García Arismendi se los llevó la bebida de a poco. Pasaban indiscriminadamente de las cervezas al vino y del vino al whisky. Mary Sáenz siendo propietaria de un bar exquisito en el allá murió producto de una cirrosis. Aquí, en el acá, dispone de una barra en donde nosotros a diario nos reunimos. No bebe ni agua, aunque al parecer desde Voltaire hasta Neruda le han explicado que en el acá se puede beber y comer sin límites porque no hay otra muerte después de la muerte, solo retornos, que al final, son regresos del allá para el acá. Pero ella no se atreve a repetir lo que a diario hacía en el allá, aunque ha ido y venido varias veces y no recuerda que en sus idas y

venidas ha estado haciendo lo mismo que ha hecho desde la primera vez que la enviaron para el acá. En fin, según ellos, ya se percatará de que en el aquí y ahora, todo es más o menos perfecto, porque, según los poetas inconformes, ni siquiera el cielo es perfecto.

Luego de la llegada, por un tiempo, disfrutabas de las mieles de estar en el acá y el ahora. No importaba si habías llegado desde el allá producto de un asesinato, un suicidio o un ataque al corazón, el caso es que luego de prestar los servicios asignados en el acá, te tocaba regresar al allá, sin recordar nada sobre tu estadía en el acá, cuando llegaras al allá.

Para estar en el allá de regreso, podías escoger entre ser un animal, un insecto, un ave, un vegetal, un mineral (esta sugerencia nadie lo escogía porque resultaba muy duro y difícil. Era el peor castigo que se le imponía a los que habían sido muy, pero muy malos, que afortunadamente eran pocos en este universo). Podías ser una mosca a la espera de un manotazo, o un árbol centenario acechado por la sierra de un leñador, o bien, de nuevo, un ser humano, nacer, crecer y morir. No había garantías y cada vez que regresabas al acá era como una recompensa de todo el sufrimiento que habías vivido en el allá, sin saber que habías salido de acá para el allá y pronto regresarías, porque la muerte en el acá y en el allá es un transitar de un lado al otro continuo. Por eso me pregunto y les

pregunto a la vez, ¿ustedes que se encuentran en el otro lado del acá, una vez que les he contado esta historia, podrían darme luces en cuanto a preferencias, porque a pesar de que no tengo por qué quejarme, aún me quedan muchas dudas acerca de si es mejor estar en el allá, con todos los sufrimientos que ello implica, que en el mismo acá, bajo la felicidad que aquí nos embarga?

Un simple medicamento

Cuando llegamos a la clínica aquella mañana lluviosa de agosto, sofocados por un calor húmedo que se pegaba a las ropas como perfume barato, lanzaste aquella frase al voley, “Por qué ahora”, una interrogante que no buscaba respuesta y un rostro lleno de disgusto como nunca antes lo había visto. La cita nos la dieron de un día para otro. Habían pasado siete semanas desde aquella noche y el examen de orina confirmó lo que temíamos. Una hora en el quirófano y saliste adolorida, vapuleada por la anestesia. Manejé directo a mi palomar donde pasaste toda la noche con la excusa ante tus padres, de que estabas fuera de la ciudad. Ese “por qué ahora”, lo recordaré por siempre. ¿Y si hubiésemos tenido a la criatura? Jóvenes los dos, haciendo de tripas corazón. Ya sería un chico grande y habría sido nuestro orgullo, o quizás el mío. Continuaríamos inseparables y no te habrías ido a París, pero nos hubiésemos perdido la juerga, todas esas aventuras, las tuyas a cada presentación y las mías con cada suplencia, en cada amor sustituto. 36 en total, 36 que cuento en esta soledad que me lleva a pensar que la tengo bien merecida, al igual que tú en nuestras soledades mutuas. 36 suplentes o sustitutas de las cuales probablemente fui yo mismo, 36 veces suplente o sustituto de mis 36 amores sustitutos o suplentes. Soledad que se agrava cuando estás enfermo y no aparece un alma por los rincones que te

dirija una frase de consuelo, y te obligue a tomar un medicamento que alivie tus dolores.

Con este párrafo, Beltrán López, iniciaba aquella historia nostálgica de su pasado. A cuantas mujeres había sobrevivido. Unas duraron poco y otras mucho. Las que permanecieron algún tiempo a su lado, nunca se enteraron de las otras amantes furtivas. Ciertamente con el tiempo terminaron mandándolo a la porra, pero por otras razones que jamás reconoció. Sólo ahora frente a un trago de whisky prohibido por la cirrosis crónica que lo aquejaba, rememora el pasado y entiende que el no se hubiese soportado de haber tenido como compañero un alter ego como aquel del pasado de sí mismo. Pero ahora era tarde para conocer de sus paraderos, al menos el de una de ellas, con eso bastaría. Desaparecieron de su vida y jamás supo dónde encontrarlas. Alguien en uno de esos bares sombríos que le atraían buscando ocultar su enfermedad, le había comentado que por el Facebook era posible localizar hasta al más oculto de los mortales, pero con los meses, mientras se agravaba, descubrió que esa afirmación no era tan cierta. Apenas toco un nombre y aparecieron frente a sus ojos, miles de Édoras. Probó con el apellido y las Édoras no se redujeron, sino que aumentaron de cantidad. Tanteó entonces con Lila y jamás pensó que podían existir tantas Lilas en el universo. Lo intentó con Andrea, un nombre tan común que por espacio de dos

horas no logró que una sola de las imágenes de Andreas en cada “enter” pulsado con su índice, coincidieran con la imaginada por él, luego de veinte años sin saber de ella.

No cesó en su empeño hasta haber concluido con los 36 nombres y apellidos, a los cuales agregó profesión, ciudades y hasta países donde podían habitar, pero sus intentos fueron en vano. En año y medio todo había sido una pérdida de tiempo. Una noche se le ocurrió que buscando a sus conocidos (no los de él, sino los pocos con los que había interactuado de ellas) podía a través de alguno ellos encontrar una pista que lo devolviera a ese pasado que deseaba reconciliar con el tiempo presente. Tuvo éxito en este su último intento. Un tal Marcos Marín, a quien recordó por azar al leer una novela con un personaje del mismo nombre, le saltó en la pantalla con un: *“Marcos Marín aceptó su invitación de amistad”*. A leer aquella respuesta, no perdió la oportunidad para teclear: “Estimado Marcos ando en busca de una amiga de antaño y recordé que usted y ella eran muy unidos, le escribo porque he buscado las cien mil maneras de contactar con ella, pero mis esfuerzos han sido en vano. ¿Sabrá usted algo al respecto? De ser así le agradecería un dato para escribirle unas palabras. Fuimos más que amigos hace ya mucho tiempo, no creo haberme portado bien para aquellas fechas, pero hoy que tengo una grave enfermedad, he recordado los muchos erro-

res y desaciertos cometidos por mí y no podré descansar en paz, si no logro redimirme ante ella. Por ello le pido encarecidamente que si tiene algún conocimiento de su paradero, por favor hágamelo saber por esta vía que bien se lo sabré agradecer.

La respuesta tardó un par de horas en llegar, al clicar el enlace del Facebook recién aparecido en pantalla, el ánimo le regresó al cuerpo. Era ella, cómo era posible que no hubiese recordado su nombre entre tantos otros que había consultado durante tantos meses. La reconoció por la fotografía, no había cambiado mucho a pesar de los años, y continuó revisando su portal. Ahí estaban sus otras mujeres. Fotografías de cumpleaños, familias, parejas, hijos, paseos, bellos momentos, se notaba que entre ellas habían cultivado una buena relación. Colocó el cursor para pedir su amistad con dedos temblorosos y esperó, pero en todo el día no obtuvo respuesta.

Desde su balcón contempló las luces de la ciudad bajo la oscuridad de la noche. Se había bebido casi completamente la botella de whisky abierta en horas del mediodía. La vació por completo al servirse el último trago para mitigar la pena que lo embargaba. El ánimo lo tenía por los suelos ante la incertidumbre. Esa espera interminable de una respuesta a una sencilla solicitud de amistad que recibió ocho horas después de su muerte.

Errare humanum est.

Autorretrato de la muerte frente a un espejo

No le temo a la muerte sino al morirme en el momento menos indicado, es decir, morir cuando no debías morir. Cuando las cosas comenzaban a cambiar, ese momento frágil y sublime que te muestra otra etapa de lo que podríamos denominar el disfrute, el verdadero goce de la existencia. De la muerte ya todos conocemos que no hay regreso. La muerte es la sola y única cosa segura en el ser humano, pero morir en condiciones en las que no se debe pasar a esa otra instancia, ignorada por todos, ¡¡zape!! Es el eterno problema de la civilización actual. En una guerra la muerte ronda por todos los rincones y se tiene la certeza de que en cualquier momento una bomba estallará a tu lado, paradójicamente sin embargo, te aferras a la creencia de que por un golpe de suerte, serás el único que sobreviva en esos metros de pánico generalizado y guadañas ondulantes.

No sé si me doy a entender, me pasó en pleno vuelo, el avión comenzó a caer, saltaron las máscaras de oxígeno y los pasajeros entre gritos y equipajes que volaban de un lado al otro guardaban las esperanzas de salir vivos una vez que el aparato se estrellara en tierra firme. Al final, todo no fue nada más que un susto. Con una turbina averiada, llegamos a nuestro destino, unos avergonzados ante sus temores expuestos al público, otros por no haber contenido la velocidad de sus

esfínteres y unos últimos, muy pocos, por cierto, satisfechos y orgullosos por haber logrado conservar la calma, eso fue en los setenta. Como comprenderás a partir de allí jamás he tomado otro vuelo a ninguna parte.

No es difícil entender, o sí, mejor dicho, no es fácil vislumbrar esa actitud ante la muerte y uno se pregunta si es justo morir cuando más ganas tienes de vivir, o será que, ante una vida miserable, frente a la muerte, ésta te resulta suntuosa. A mi edad, la verdad, es que estoy cansado de los achaques de la vejez. Mienten quienes hablan de la bendita edad de oro, o de los años dorados. Hay quienes incluso nos inventan una supuesta tercera juventud en sustitución de la conocida tercera edad que en mi caso debe ser la quinta o sexta. Eso de que no pueda recordar el nombre de la persona con la que estaba charlando apenas hará unos diez o quince minutos, digo, no sé, me coloca frente a un dilema nada envidiable. Probablemente dicha conversa fue hace más de una hora o incluso el día anterior o bien una semana atrás. No creo tener tiempo de continuar esta explicación mañana, lo más seguro es que no recuerde de lo que estaba hablando. Me dirás entonces que disertaba acerca de la muerte y lo más probable es que te responda con un gesto que entenderás a tu manera. Nací en 1930, creo, y hasta los sesenta años, un poco más un poco menos, solía aún disfrutar de algunos place-

res de la vida. De ahí en adelante me dio por agarrar el temita de pasearme de una clínica a otra: vesícula, próstata, reuma, lumbago, ciática y hasta hemorroides. Soy de una familia de intelectuales, clase media alta, de mis tres hermanos y mis dos hermanas, quedo yo de milagro por ser el último, trágica condición del tiempo cuya formalidad lógica indica que el que nació primero ni de vaina se va de último. Sin embargo, tuve dos hijos y sobreviví a ellos, sainetes del azar. Me casé tres veces durante mi larga vida y pongo en duda que al menos una de mis dos últimas mujeres, me recuerde, aunque sea vagamente. De mi primer matrimonio ni hablar, nacieron Florentino y Andreina. Su madre se fue de este mundo primero que ellos y ese amor me duró tanto que ensombreció cualquier otra posible relación duradera. Envejecer es una catástrofe, no sólo por el desorden físico –me muevo en andaderas y tardo largos minutos en vaciar la vejiga– sino por la memoria. Solía tener un cuadernillo donde anotaba los nombres de quienes de vez en cuando me visitan e incluso de los que en este hogar de ancianos ofrecen sus desinteresados servicios. Aquí, se paga una cantidad exorbitante por atención con cuarto privado, asistencia médica y tres comidas al día. Una ganga, sin contar una que otra merienda y un paseo cada quince días. Hay una sala de juegos y una de recreación con un televisor enorme pantalla plana cuyos canales deciden las autoridades del instituto. Por ello

prefiero el de mi cuarto con un control remoto que merece una explicación de su uso cada vez que intento cambiar de canal, bajar o subir el volumen. En el cuadernillo anotaba algo, decía ¿no?, en fin, tenía un cuadernillo, ahora no sé dónde está ni tampoco para qué lo tenía, ya me acordare.

Claro, claro, que me había casado, eso sí lo recuerdo bien, fue una boda a la medida de mis padres a pesar de que las cosas estaban convulsionadas políticamente para la época. Me acababa de graduar y los deseos me embargaban, tú sabes, cuando se es hombre, a uno le encanta un burdel. Sobraban las chicas europeas: argentinas, francesas, españolas, dominicanas, cubanas, todo un manjar de dioses. Con el matrimonio pensé que enderezaría mis pasos, pero nada, más bien los apresure y de eso disfruté hasta hace poco. No sé en qué momento me cayó la pesadez encima, lastima, me dicen que hoy en día usan unas pastillas que te paran hasta las canas del trasero. Pero ya ese deseo pasó, y así como no ambiciono una casa, una familia, tampoco me caigo a mentiras en lo que a sexo se refiere. Se nota de largo en esos instantes de ¿ternura? cuando las enfermeras me sumergen desnudo en pelota en la regadera, me llenan de espuma con un jabón de olor agradabilísimo y me secan con unas toallas calientes como recién salidas de la tintorería. Y tanto que me burlé de aquellos que me llevaban ventaja en edad, pensando que

nunca llegaría a este estado de misericordia. Me percaté de que algo mal andaba con mi memoria en una oportunidad en que extraje el molar equivocado de un paciente, ah, había olvidado decirte que soy odontólogo de profesión, aunque ya no ejerzo desde hace bastante tiempo y para sorpresa de muchos, no dejé el oficio por aquella equivocación, sino por la tembladera en el pulso, nadie se arriesga con una mano así sosteniendo el alicate. De mi padre te diré que murió relativamente joven para la época, apenas llegó a cumplir el medio siglo y se fue de un solo golpe, infarto. Con respecto a mi madre, de milagro no la alcanzo a no ser por una picada de mosquito que le transmitió un dengue hemorrágico, gracias a Dios. Llevaba ya quince años con ella, asistiéndola tanto en sus achaques que llegue a odiarla. Hoy pienso que debí haber hecho mucho más de no ser por un psicólogo amigo que me explicó que mi madre era de las viejitas que terminaban enterrando a todos sus hijos haciéndoles la vida imposible. Cosa que no puse en duda luego de la muerte de mis hermanos. Hoy la extraño y la comprendo mejor que nunca. Cuando murió Felicia, una terrier más fiel que muchos de mis amigos de la infancia (varios de ellos ejerciendo cargos de importancia en el gobierno y a quienes les maté el hambre por varias décadas), decidí vender la casa, la que fue de mis abuelos, luego de mis padres y finalmente mía y que no pude heredar a mis hijos. Con ese dinero

me pago este geriátrico en el cual cumplo esta semana un par de años, digo, a lo mejor más, o a lo mejor menos. La administradora hace los arreglos y aunque no conozco exactamente el monto de lo que tengo en el banco seguro estoy que luego de mi muerte, algo debe sobrar, aunque ya dicen las malas lenguas más jóvenes de aquí, que nos piensan aumentar la mensualidad en un cincuenta por ciento. Aun así, creo que algo sobraré, pensaba donarlo, pero ahora con esto del aumento, mejor que se los quede el gobierno. Era una casa enorme, con grandes pasillos y un patio central, una fuente y decenas de helechos colgantes. Un caminito de piedras custodiado por rosas, petunias y otras especies multicolores. Con las paredes cubiertas de hiedra y una enorme trinitaria que echaba flores de tres colores: rojas, violetas y anaranjadas.

Son recuerdos que me llegan de manera fugaz, como si estuviese soñando despierto. Era una casa que me quedaba grande en la medida en que pasaban los meses y los años. Se fue poniendo vieja junto conmigo por la falta de mantenimiento. Solo en regar el jardín tardaba horas, casi toda una mañana. Mientras pude contraté algún personal para cortar la hierba, recuperar las paredes de ladrillo cocido y sustituir tejas y listones del techo. El piso de mosaico a pesar de los maltratos siempre se mantuvo incólume. Con el tiempo cada vez era más difícil contratar personal,

pero aún tenía fuerzas para dedicarle parte del día a su recuperación. Era un trabajo arduo que terminó entreteniéndome y haciendo que las horas dejaran de pasar tan pasmosamente. Pero como siempre ocurre, el cuerpo me empezó a fallar, y comenzó el calvario de la búsqueda de servicio, lo que funcionó por unos cuantos años, hasta que comenzó a írseme el santo al cielo.

Los servicios se daban a la fuga uno a uno, pues vivía culpándolos de cambiarme las cosas del sitio donde las había dejado o bien ocultándomelas con algún oscuro propósito que según lo veo, buscaba volverme loco. Llegaba alguno o alguna recomendada y al mes ¡zas! huía despavorida. Lo peor del caso era que esos mismos objetos los encontraba días o semanas después. Siempre en momentos en que rastreaba desesperado como de costumbre, algo recién extraviado. Me decía, ahí estas, apuesto a que si te buscara no aparecerías y luego, casi inmediatamente, me preguntaba en qué cosa andaba antes de encontrar lo que se me había perdido tiempo atrás. Entonces a falta de gente a mi lado, me dio por echarle la culpa a la casa. Hoy en día ni siquiera puedo sostener una conversación de corrido, tiempos aquellos. Una perorata como esta siempre es posible porque puedo atrapar los recuerdos, atajarlos aquí y allá, pero bástese que me interrumpan, y hasta allí. Se acabó lo que se daba.

Pensaba que la muerte era lo más nefasto que a uno le podía pasar. Ahora no le temo, hay algo peor: el recordar las cosas a retazos o quizás más aún olvidar hasta la existencia misma.

-A propósito ¿quién eres tú?

-Tu nieto abuelo, tu nieto

El amor frustrado de Olguita Saldivia.

Nadie jamás a su edad madura había tenido tantos pretendientes como Olguita Saldivia. Y miren si ya no era tan agraciada como a los veinte. Por eso, cuando Juan Carlos Palenzuela decidió contraer nupcias con una prima tercera, que desde hacía tiempo lo marcaba en un constante coqueteo, ella empezó a preguntarse si su magia de adolescente cuarentona, estaba desapareciendo. La cosa se le puso difícil una vez que Pedro Paternostro, uno de sus últimos amores, resolvió largarse a España a vivir el resto de su vida en busca de cualquier cosa que le diera menos tormentos que ella. Intentaba de esta manera, eliminar de una pincelada todos los malos recuerdos que pesaban sobre su ser desde que sucumbió ante el embrujo de su sonrisa. Y así, gota a gota, como decretado por una ley universal, Alquímides Miranda, Julio Liendo y Toñito Aristimuño, tomaron la providencia de huir bien lejos de la influencia nefasta que Olguita representaba para los corazones solitarios: La edad ya no les alcanzaba, y no era nada cómodo permanecer en esa incertidumbre que les llenaba el alma de indignación. Más ahora, cuando las canas aparecían sin aviso hasta en las partes más íntimas de sus cuerpos.

A pesar de tanta blasfemia generalizada, Olguita Saldivia era una mujer llena de encantos. Sus maneras y esa sublime actitud para con sus hombres hacía que estos permanecieran aferrados a ella aún luego de fi-

nalizada la relación amorosa. Éramos como una colección de amigos, una galería de arte en donde cada cierto tiempo aparecía una nueva pintura colgada a la pared. Difícil de creerlo pero todos vivimos la experiencia de ese inexplicable sortilegio que emanaba de su cuerpo y se adueñaba del mundo. No había espacio vital libre de su influencia.

Quizás su único defecto era aquel de los amores contradictorios en la búsqueda de la pasión de su vida. En sus años mozos era una deidad terrenal. Estaba rodeada de un misterio que nos atraía como el dulce a las abejas. Aunque disimulábamos para hacernos los duros, apenas ella asomaba una sonrisa nos dejaba desarmados. Por fortuna para esa época de estudiantes universitarios, Olguita no tenía ni idea de que poseía ese don divino que se confundía con inocencia. Una actitud que nos dejaba un saborcito a culpa. Pues todos nosotros estábamos locos por llevarla a la cama apenas se presentara el momento adecuado. Siempre con la mala suerte que a ninguno Olguita nos tomaba en cuenta ni para una invitación al cine universitario. Siempre con el azar en contra ya que cuando terminaba con una de sus aventuras, ninguno de nosotros estaba cerca para consolarla. Cuando finalmente se le veía, ya era tarde. El drama había concluido y ella entonces contaba la historia sin que se le arragara el corazón. “Lo que pasa es que ustedes creen que uno es siempre risa, nunca llanto”, decía,

recordando aquella vieja letra de la llamada Nueva Trova Cubana, hoy más vieja que Matusalén pero muy en boga en aquellos años de nuestros estudios universitarios. Esa era siempre su respuesta ante nuestro asombro de que alguien hubiese podido dejarla colgada en las nubes. De que alguien, un cualquiera para nosotros, hubiese tenido la prepotencia de deshacerse de esa belleza ancestral que según Orestes Salvatierra, el más locato de todo el grupo de veinteañeros, le recordaba a Ana Pavlova. Inmensa ella, colocada en un lugar privilegiado en su habitación de estudiante universitario. Un afiche en blanco y negro donde ejecutaba una pirueta denominada “El salto del cisne” de acuerdo a una perorata nada convincente que nos soltaba cada vez que se ilusionaba con alguna de las nuevas chicas que ingresaba a la Facultad de Humanidades.

De modo que habiendo pasado lo peor, ella relataba las pericias de su última conquista frustrada como algo sin importancia, aunque al final yo creía notar un dejo de tristeza en sus palabras, a pesar de su risa santa, a pesar de sus ojos brillosos e infantiles. Yo, el más viejo de todos en la búsqueda estéril de su amor solitario, inalcanzable y lejano. “Uno nunca sabe muchos si el amor de tu vida está en un simple encuentro casual”. Y de inmediato se descolgaba ante el primer extraño que se le cruzaba por delante, el que le pareciera, porque, según ella, su intuición femenina le

decía algo, algo que nosotros no sabíamos qué era y que ahora luego de tantos años descubro que tampoco ella tenía la más mínima idea de lo qué ese algo significaba.

—Olguita Saldivia —se presentaba. Y enseguida alargaba su manita suave y sedosa, delgada y parisina, según Orestes Salvatierra, parisina porque también según él, ella tenía mucho de afrancesada. El elegido, por supuesto, no salía de su asombro, y por inercia alargaba su mano varonil y asomaba una sonrisa que a ella se le hacía encantadora y a nosotros bastante estúpida.

Y así iban transcurriendo los días en aquella Facultad de mis recuerdos, nosotros ligando que nunca finalizara el semestre, que jamás llegaran las vacaciones de agosto para no darle descanso a las borracheras que agarrábamos en Las Tres Gracias: Olguita, Orestes Salvatierra, Julio “Tranvía” Medina, Pablo Sexto, “Come Nunca” García y yo. Borracheras espantosas llenas de vacíos sentimentales terribles en donde los insultos contra ella terminaban siendo el festín de la noche, el paroxismo final. ¡Qué no le diríamos! Qué infamia no le habríamos endilgado, qué afrenta no le hicimos y qué ultraje, qué vilipendio, qué deshonra no le gritamos a todo gañote, a todo pulmón, en desafío a su indiferencia, a su insensibilidad, a su desamor por nosotros que nos resteábamos por ella, siempre en primera fila. A cada paso que dábamos, a

cada rabieta oculta cuando nos venía con algún cuento de esos de un nuevo pretendiente, con el que aspiraba hacerte parte de su aventura. Pero al día siguiente como si nada, ella llegaba igual, sin un ápice de reconcomio: “Hola muchachos” ¿mucho resaca? Y de nuevo nos sumergíamos en lo mismo de todos los días. Como si el ayer, mejor dicho el anoche, no hubiese existido jamás. Para ella resultaba emblemático que todos anduviésemos juntos como una unidad indivisible. En grupo salíamos disparados a la parroquia universitaria a tomarnos unas cervezas a pleno mediodía sin importarnos llegar de nuevo a clase en horas de la tarde como si regresáramos de una fiesta de carnaval. Pero ninguna vez, en ningún tiempo, en un jamás interminable, en un tiempo de vida absoluta, lográbamos salir con ella en forma individual, a pesar de nuestras aspiraciones, ansias que surgían del corazón mismo, del espanto de no quedarnos solos entre nosotros sin ella que era el alma de la fiesta.

Miento, por supuesto, porque sí hubo una vez, una sola y única vez, que es el motivo de esta historia. Una vez que se repetiría en mi vida como una constante matemática, siempre como una vez, como una sola y única vez seguida de un gran vacío. El grupo no lo supo nunca porque la vez pasaba como una sombra. Ves a la vez, como un halo de luz, pasa como un fantasma, te ronda y te perturba y no logras hacerla tuya. Ocurrió por esos días de Semana Santa cuando casi

todo el mundo abandona la ciudad en veloz huida hacia alguna parte que lo libere del asedio urbano. Un asueto que me parecía odioso porque debía permanecer en mi habitación alquilada matando el tiempo en lecturas que dejaba guardadas para estas ocasiones, pues la beca estudiantil apenas alcanzaba para comprar unos cuantos libros, tomarse unos tragos y adelantar varios días de pensión. Esa fue la vez que como un maleficio se llevó las tres cuartas partes de mi vida, en una persecución implacable a través del tiempo que hoy se me hace largo, infinito, perdurable. Una vez continua, una vez voraz, un ciclo inacabable, un encadenamiento de veces, vez tras vez en una sola y única vez incesante, crónica e inagotable.

Recuerdo que la música sacra esa semana santa llenaba todos los espacios radiales, pero no en tu casa Olguita, donde Ismael Rivera con su “Nazareno bendito”, nos llenó el alma de alegría porque no queríamos saber nada de tristezas, porque la ciudad en su soledad diurna daba esa sensación cuando estábamos acostumbrados a su bullicio, a su alboroto y a su bochinche nocturnal. Recuerdo que toda la gente había desaparecido, el mundo entero se había ido a un no sé qué lugar del planeta que permanece hoy vedado para mi memoria. Lo importante era que por ese instante había sido elegido como individualidad. Yo y el universo, yo y esta dicha de apartamento, sin padres vigilantes, solos los dos, íngrimos, fingiendo que

no nos hacíamos falta para matar el tiempo, simulando actitudes, ignorándonos el uno al otro como si no supiésemos lo que podía ocurrir en cualquier momento. Jugando a que no sabes lo que pienso, deslizado mis manos sobre tus cabellos cuando dejabas caer tu cabeza sobre mis hombros en un falso gesto de cansancio. Hasta que llegó ese día, el de la vez infinita: sábado de gloria y unos tragos que nublaron la razón dando paso este amor infinito.

El lunes, llegando a la Facultad, Olguita era otra. Sólo le faltaba decir: Hola muchachos, ¿mucho resaca?, como si el sábado de gloria no hubiese existido jamás. Sentí desilusión, y sin embargo, no me cansé de ser una individualidad solitaria, no me harté del continuo fallecimiento de la única vez que se repetía, siempre como única, sin la existencia del día anterior, incluso hasta hoy en día que sigo atrapado entre sus redes, mientras Juan Carlos Palenzuela contrae nupcias con su prima tercera y estamos todos en la iglesia vestidos como novios, con los ojos hinchados y un dolor de cabeza de los mil demonios, producto de la resaca por la despedida de soltero.

Aquí en plena iglesia estamos otros que han recorrido conmigo el mismo camino de mis amigos de universidad, ahora amigos de profesión, de encuentros fortuitos, de química y bares nocturnos, de tascas, borracheras y fiestas, de ideales diversos. Otros, a quienes se las he presentado para que sintieran la magia

que me atrapó por tantos años. Otros, unidos nuevamente en esta especie de Frankenstein que conforma al hombre de su vida, treinta años más tarde: pedazos de Pedro Paternostro, trizas de Juan Carlos Palenzuela, añicos de Arquímedes Miranda, chispas de Julio Liendo, pizcas de Toñito Aristimuño y migajas de Diego Romualdo Febres, ese soy yo, nacido en una fecha nada histórica sin un santoral que de origen a mi segundo nombre, exactamente un jueves siete de febrero, tres días antes de una octavita de carnaval de un año que no quisiera recordar porque el espejo no me lo permite, ahora con tantas canas en mi cabellera, cada una de ellas colmada de remembranzas, nostalgias de un pasado remoto lleno de sueños y fantasías.

A Juan Carlos Palenzuela se lo presenté una tarde en un encuentro casual asistiendo a un concierto matutino de la Orquesta Sinfónica Nacional. Cenamos juntos ese día y de inmediato quedó cautivado por tu encanto, por esa risita loca de niña traviesa, ese hechizo proveniente del más allá y esa mirada de ensueño. Por supuesto no habías perdido la costumbre de arrojarte sobre el primero en el cual tu instinto advertiera la mínima sospecha de que “este podía ser el hombre de tu vida” con la sola diferencia de que ahora no te lanzabas de antemano ante cualquier extraño como en los viejos tiempos, sino que buscabas algún comodín que te facilitara las cosas sin mucha parafernalia, como lo hice yo aquella noche funesta: “Qué

estás esperando para presentarme a tu amigo”. Y así fue, como siempre: despliegue de sonrisa, mano estirada, delgada, suave y afrancesada: “Hola: Olguita Saldivia” y a derrochar encantos sin importarte la presencia de Diego Romualdo, y, Diego Romualdo, como siempre, comiéndose la rabia, hirviéndole la sangre, deseándote fracasos tras fracasos con su cara muy lavadita, como payaso de circo con su mueca de felicidad por fuera y su tristeza insospechada por dentro ante tanta indiferencia. Y Palenzuela, tomando tu manita entre las de él, acariciándola como quien se unta crema para suavizar las asperezas, mostrando, claro está, una sonrisa que a ella se le hacía encantadora y a mí, como siempre, bastante estúpida, por cierto. De allí hasta hoy cuando el párroco pregunta si hay alguien en la sala que se oponga al matrimonio, ya no hubo paz para su espíritu, cayó poseído como yo mismo lo había estado unos quince años atrás. Absolutamente hechizado por ese algo que la investía, esa cosa singular, peregrina, exótica que no podíamos explicar ni ella, ni nosotros, con la diferencia que nosotros sabíamos que la poseía y ella, ni de milagro se daba cuenta. El mismo maleficio que en los tiempos de lluvia y de sequía por venir, consumiría las energías de Tonito Aristimuño, Alquímides Miranda, Pedro Paternostro y Julio Liendo. Olguita, para ese entonces, apenas contaba con unos treinta y cinco años y estaba llena de esa madurez que habría vuelto loco a Orestes

Salvatierra, a Julio “Tranvía” Medina, a “Come Nunca” García y hasta al mismo Pablo Sexto en nuestra época universitaria, si la vida no nos hubiera llevado por caminos distintos.

La ceremonia arrancó a las 5 de la tarde, puntualidad de sacerdocio y agenda llena, pues luego de nosotros venían otros tres matrimonios en donde ya se confundían los invitados. Juan Carlos a fuerza de jugo de tomates y aspirinas logró ponerse de pie para presentarse a tiempo en la casa de su hermano Carlos Augusto a quien se le dio el honor de ser padrino de la boda. Eso nos lo contó ya en la fiesta cuando borrachos todos le increpamos si estaba usando la famosa viagratina, un agregado semántico con aspirina para el viagra con el fin de calmar los dolores de cabeza y a la vez, demostrar lo bueno que se es en la cama cuando te acuestas con una tipa fea. No era fácil casarse por primera vez a los cincuenta y dos años, aunque Juan Carlos no los aparentaba gracias a esa buena vida que llevaba y a ese rostro de niño que siempre lo acompañó a través de los años. Lo bueno es que a esa edad ni de milagros se le iba a ocurrir tener hijos, sobre todo porque le podían salir maltrechos, no tanto por su edad, sino por la herencia materna de casarse con una prima tercera, que adolecía de cierta gracia, pero que era mucho más joven que él y no parecía sentirse a disgusto contrayendo matrimonio con alguien veinte años más viejo que ella. La

ceremonia culminó como siempre: “pueden besarse los novios” y él le alzaba el velo y estampaba sus labios en los de ella, como si ese acto nunca hubiese sucedido, como si jamás hubiese gustado ese néctar maravilloso de salivas mezcladas. Como si en ningún tiempo, sus lenguas se hubieran tocado, amarrado, atragantado en un relamerse continuo de ahogos discontinuos y mordisquitos efímeros. Luego nos fuimos de farra a una agencia de festejos en donde nos esperaban decenas de botellas de Whisky, vinos a todo dar y entremeses de todo tipo, además de un buffet que estuvo para chuparse los dedos. Hubo música. Hubo Mariachis y baile, y cientos de amigos y familiares. Parecía una fiesta de un asilo de ancianos pues si en verdad les digo, la más joven de la fiesta era precisamente la novia. Pero Olguita no supo, no quiso ir y no le contamos porque no preguntó. Además ya todo el mundo andaba lanzándose por la borda en franca deserción, y nosotros apenas iniciábamos el festín de descoserla haciéndola el centro de nuestros resentimientos tribales.

Sí, probablemente comenzaba a preguntarse qué estaba sucediendo con su encanto, ahora que lo había descubierto, ahora que lo usaba a diestra y siniestra como un arma indestructible de la cual nadie... o casi nadie sobrevivía. Ese “charme” que volvía locos a todos esos chicos de la universidad que la admiraban apenas verla entrar a la Facultad con sus pasitos de

felina, algo tímidos que le daban un aire de inocencia real. Ahora a sus cuarenta, ese algo se evaporaba de su ser, se le iba consumiendo a pasos agigantados, no poco a poco, no en gotas sino a chorros, a cántaros, a torrenciales aguaceros. Los encantos también envejecen Olguita, y se desmoronan, y corren como un río, y se secan como un riachuelo...Y mueren al final. Recuerdo ahora a ese quinteto donde tu llevabas la voz cantante, siempre juntos, haciendo y deshaciendo. Un todo para uno y un uno para todos que no me daba chance, ni tregua para retomar aunque fuese en tres palabras aquel Sábado de Gloria de la última vez, que se repite sin pasar por la primera como una letanía, como una ilógica de la lógica, un final sin comienzo, Olguita.

Risas que llenaban todo el pasillo de la Escuela de Letras. Risas que nos convertía en pléyades ante las miradas celosas de los profesores, empleados y demás bichos raros que circulaban a diario por aquel lugar de ensueño como era la universidad. Institución que ya nos pertenecía, porque nos apropiamos de ella sin pedir permiso y la hicimos nuestra. Añoro aquel instante en que te besé en los labios por segunda vez para mí y última para ti, sin pasar por la primera y sin que nadie del grupo supiese nunca de todas las últimas veces en todos estos años que hemos estado en un ir y venir sin rumbo fijo. Yo a la espera de que me descubras y tú en la búsqueda del hombre de tu vida.

Doce o quince que he venido contando en estos últimos años que ahora a tus cincuenta huyen despavoridos ante tu presencia

Dos décadas de frustración me llevaron a buscar otras alternativas. Te cuento que decidí inventarme unos amores sustitutos, todo producto de aquella cena en donde, como si nada, me hiciste cómplice de otro nuevo amorío, otro como todos los otros. Otro de tantos otros de siempre, cuando yo pensaba que esa noche podría haber sido la última noche de todas las últimas veces, y se convertiría en la primera de todas las últimas noches. Nunca debí haber ido a esa cena y no pude negarme. Nunca debí verla tan fascinante, tan bella y esplendorosa, tan divina, tan sensualmente provocativa y a la vez tan distante, tan lejana, sin un resquicio de aquel sábado de gloria de quince años atrás. Fue por entonces cuando tome aquella decisión de buscarme a alguien real, alguna chica de carne y huesos con quien compartir, si no toda mi vida, al menos parte de ella. Y así fue. Me tocaron tres bellas mujeres que creí serian mis amores eternos, pero ninguno de ellos duró más de dos años, y un día cualquiera, a punto de mi quinto intento guiado por aquel proverbio de que no hay quinto malo, me di cuenta que estaba asumiendo la misma actitud que siempre había odiado en ti, Olguita Saldivia. De modo que colgué los guantes y me dediqué a la vida en solitario, hasta que una vez por azar, luego de tantos años, te

encontré por casualidad sentada a la barra en ese pequeño restaurante alejado de la ciudad, un pueblo de dos calles y una plaza descuidada al cual me acercaba siempre en esas fechas tempranas de diciembre, cuando la nostalgia me atrapaba por sorpresa. Inicialmente dudé si sacarla de su letanía o dejarla sin que sospechase en algún momento que estuve a pocos metros de ella y fui incapaz de saludarla, al menos como intento. No había cambiado en nada pues el tiempo en ella presentaba esa eterna contradicción que también noté en mí luego de sobrepasar el medio siglo. Y es que éste se detiene en nuestro físico y avanza vertiginosamente en nuestro interior. Siempre con ese humor que la caracterizaba cuando le hice el comentario de lo joven que parecía, me respondió con palabras de su hijo ya adulto: “Por fuera mi amor, por fuera”. Por supuesto que luego de un gran abrazo se inició la conversación, llegaron los recuerdos y viajamos sin detenernos por toda nuestra geografía sentimental. Recordamos a Orestes Salvatierra, a Come Nunca García, y los desastres de Las Tres Gracias. Pasamos por Juan Carlos Palenzuela, Toñito Aristimuño, Arquímedes Miranda, Julio Liendo... y finalmente para cerrar con broche de oro, hablamos de nosotros. Dos horas de tragos y nostalgias fueron suficientes para que ella me propusiera de nuevo una última vez que yo acepté sin condiciones. Sin embargo, por alguna razón coloqué mis esperanzas en el des-

tino, ligando que por esta vez, la última se convirtiera finalmente en la primera. Aunque ya cancelando la habitación en un hotelito cercano agregó algo que me sonó curioso como si hubiese leído un cuento que recién escribía y que buscaba que se leyera en el tiempo en que el Metro recorre dos estaciones, y al que titularía: “Quince minutos, dos estaciones y toda una vida”: “Cuando monte mi chivera de varones, el gordito y tú van a ser los primeros en mi stock”. Tal cual lo dijo: el gordito iba de primero y yo como siempre regresaba al segundo lugar. No dijo: tú y el gordito, sino el gordito y tú, y hasta ahora me pregunto: ¿Qué gordito será ese?

Diez cuentos cortos... cortísimos

1.- Se bajó del Metro con senda borrachera para cambiar de estación. Los rieles chirriaron por la descarga eléctrica. Las mentadas de madre de los usuarios lo acompañaron durante su travesía a la morgue.

2.- Zenón García fue destetado a temprana edad. Su madre quiso guardar las apariencias. De adulto se doctoró en cirugía estética con especialización en reconstrucción de pezones. Se hizo millonario cuando realizó la primera mamoplastia de la que se tenga noticia.

3.- Ella se encaramó a sus espaldas. El padre corrió jugando al caballito. Un tropezón y ella se convirtió en angelito en un espabilar de ojos.

4.- El chef se comió su plato de cochino frito, lo combinó con un Cabernet sauvignon Blanch. Un muy buen provecho, le desearon los amigos asiduos al local. Tragos vienen y tragos van. Alguien lanza un grito desde la cocina, el chef yace sobre el piso. La autopsia dictamina: "infarto al corazón por bacteria anónima proveniente del cochino"

5.- El caucho trasero se desinfla en plena autopista. Manuel se detiene en su hombrillo y coloca a unos metros su cono anaranjado en señal de emergencia. Busca el neumático de repuesto y le dice a su mujer

que abandone el vehículo por si las moscas y se re-
cueste en la parte delantera por protección. Ella acoge
el conejo y en penumbras juega con su celular. El
conductor de una grúa en busca del pan de cada día,
adelanta al vehículo estacionado y retrocede rápida-
mente para auxiliar a Manuel. ¡Push!

6.- En plena lucha armada en Venezuela, Orlando
Padilla, debe buscar las armas cruzando la frontera
colombiana. Tres meses de peregrinación en una ca-
mioneta Volkswagen. Pago en efectivo. Armas garanti-
zadas. Llegada a Venezuela tras difíciles momentos y
al final, un teléfono público:

- Camarada Alonso, ya estoy en territorio con la enco-
mienda.

-¡Tú estás loco!. Deshazte de esa vaina que el Presi-
dente acaba de decretar la pacificación -Fue la res-
puesta que lo dejó estupefacto.

7.- Plan perfecto: cerramos la avenida para que la
policía no acceda a la cuadra. Atracamos el banco y
huimos en menos de cinco minutos. Manos arriba –
gritamos- esto es un asalto. Abran la bóveda y el di-
nero en la bolsa. Y el gerente aterrado responde: “No
nos ha llegado la remesa, al parecer una tranca en la
avenida tiene detenido al camión blindado”.

8.- La resaca arrastra al niño mar adentro. La madre

se lanza para salvarlo. Tras de ella logro superarla como salvavidas y tomo al niño por los cabellos para sacarlo del agua. En eso la madre se aferra a mi cuello y forcejamos. Me zafo. Ahogándose ambos ella grita. “Sálvame a mi primero”.

9.- El avión, bajo emergencia, se desploma en pleno aeropuerto. A mi lado, mi héroe de la guerrilla salta de su asiento y yo lo observo esperando de él, el temple de años pasados. Sin perder tiempo pisotea a los más viejos, golpea niños, da codazos a quien se le atraviesa y sale de primero. Al día siguiente la prensa reseña: “Ex guerrillero se convierte en héroe salvando vidas del avión caído”.

10.- Papa Noel bajo por la chimenea embadurnada de hollín. En vez del “jojo jojo” típico, dijo ¡No joda!. El traje rojo se tiñó de negro. Fue directo a la habitación del niño sigilosamente. Tras la puerta el padre, escopeta recortada en mano, espera su entrada. La detonación se escuchó a lo lejos. No era un cohete y el traje de nuevo recobró su color.

El sargento Mendible

–A ver si entendemos: ¿Usted lanzó al detenido al vacío desde el piso 12 de la comisaría policial?

–Sí, señor.

–Y se puede saber el porqué de su actuación.

–Sí, señor, porque el sargento Mendible me lo ordenó, señor.

–Y usted hace todo lo que le ordena el sargento Mendible.

–Sí, señor, todo.

–Y si el sargento Mendible le ordena matar a su madre ¿lo haría?

–No creo que el sargento Mendible me mande a matar a mi madre señor.

–¿Pero si se lo ordenara?

–Alguna razón tendrá.

–O sea, que lo haría.

–Si es una orden....

–Puede decirnos cómo llegó el detenido al piso 12.

–Muy maltrecho, señor.

–Digo no su físico, sino como lo llevaron hasta allí.

–Ahh si, pues, el sargento Mendible lo subió para la sala de interrogatorios.

–Y qué sucedió durante el interrogatorio.

–No lo sé, señor, yo no estaba adentro, yo solo custodiaba la puerta.

–Escuchó algo anormal mientras se encontraba en custodia.

–Lo normal, señor, solo gritos.

–¿Normal?

–Si ya uno se acostumbra, señor.

–Los gritos eran del detenido o de los interrogadores.

–Siempre son del detenido, señor.

–Cómo sabe que eran del detenido.

–Son los únicos que lloran y suplican, señor.

–¿Ha usted asistido a un interrogatorio?

–Nunca, señor.

- ¿Por qué razón?
- Porque aún no he subido de rango, señor.
- ¿Qué sucedió luego del interrogatorio?
- El sargento Mendible salió a tomar aire, señor.
- ¿Aire?
- Sí, señor...y un cafecito.
- Y luego.
- Me llamó aparte, señor.
- ¿Le comentó algo cuando lo llamó aparte?
- Sí, señor.
- Nos podría contar qué le dijo.
- Me dijo que ya habían terminado con el detenido y que se encontraba muy mal.
- ¿Cómo muy mal?
- En mal estado, señor.
- Defina mal estado.
- Medio muerto de tantos golpes, señor.
- ¿Fue entonces cuando le dio la orden?

–No señor, fue después.

–¿Después de qué?

–Después de que llegó el comandante, señor.

–Qué sucedió cuando llegó el comandante.

–Se encerraron en la sala de interrogatorios, todos.

–¿Quiénes, todos?

–El comandante, el sargento Mendible y los tres funcionarios que estaban haciendo el trabajo desde un principio con el sargento Mendible, señor.

–¿Escuchó usted de qué trataba la reunión?

–Escuché gritos.

–¿Del detenido?

–No, señor, del comandante.

–¿Algo que le haya llamado la atención?

–Como qué, señor.

–No sé, dígame usted...Algún consejo, recomendación, regaño...

–Sí, señor, entre insultos escuché que el comandante decía ¡Qué bolas tiene ustedes! Ahora vean que

hacen con este fiambre.

–¿Algo más?

–Sí, señor, también escuché que el sargento decía que ya se le ocurriría alguna idea. Luego el comandante salió histérico tirando la puerta.

–¿Y usted qué hizo?

–Esperé al sargento Mendible.

–¿Entonces el sargento salió y fue cuando le dio la orden?

–No, señor. Primero salió uno de los funcionarios de rango y me envió a la sección de drogas en busca de un pitillo de cocaína.

–¿Para qué la cocaína?

–Siempre se meten cocaína para continuar horas con el interrogatorio.

–Pero ya el interrogatorio había terminado ¿no?.

–Sí, señor.

–¿Entonces para qué la droga?

–Para el prisionero, señor.

–¿Le dieron coca al prisionero?

–Sí, señor.

–¿Y cómo se enteró usted de eso?

–Eso fue lo que me dijo el sargento Mendible, señor.

–¿Y qué ocurrió una vez drogado el detenido?

–Bueno, ya podía valerse por sí solo, aunque estaba todo ensangrentado.

–¿Luego?

–Lo sacamos a tomar aire a la platabanda, a ver si se recuperaba un poco, me dijo el sargento Mendible.

–¿Y qué ocurrió estando arriba?

–Lo que me dijo el sargento Mendible que hiciera.

Futuro incierto

Despertó y el mundo era otro. Todas las cámaras criogénicas estaban vacías. Claro que no tenía idea de nada, puesto que su memoria se había borrado con el tiempo. Pero no se sobresaltó ante aquel salón fúnebre que se alargaba como un túnel sin final, porque, a decir verdad, no sabía lo que era un final así como tampoco lo que era el principio, tal cual la creación del universo. Entonces, optó por caminar a lo largo de aquella galería como un autómata.

En la medida en que avanzaba, paso tras paso, las partículas etéreas, ordenadas de forma horizontal, generaban en su cerebro imágenes virtuales, programadas para crearle un pasado, que le dieran base a su existencia. Cruzando la primera línea, comenzarían a surgir los sentimientos archivados en su yo interior, bajo una sensación armónica ya predeterminada. La sesión tenía el propósito de rellenar aquellos espacios incompletos que habían sido abandonados por los sueños. Durante varios años, su prototipo, permaneció en estado de animación suspendida. Quizás un período bastante corto, desde el aspecto biológico, pero extenso en tiempo real. Un coma inducido, que se conocía desde muchos siglos atrás, ahora altamente perfeccionado para realizar los viajes interestelares.

Trasponiendo moléculas entre fotones y neutrinos, su memoria se reiniciaba, y ese ciclo de la materia estacionaria, avanzaba hacia el desorden previsto.

El reposar inerte por años lo mantuvo sujeto a una condición inicial de orden elevado, tal cual los prehistóricos chips de la inteligencia artificial. Así, bajo los efectos de la antimateria, los recuerdos se iban restableciendo dándole paso a un pensamiento lógico, y a un desarrollo progresivo, en nanosegundos, de la sinapsis neuronal, prácticamente infecunda durante la travesía. Este procedimiento le otorgaba al organismo, la capacidad de adaptarse a un futuro incierto, bajo el principio de incertidumbre. El hombre nuevo, salía a la luz. De este modo se había diseñado todo aquel complejo cuyo objetivo era preservar la especie ante el apocalipsis que se desató y que acabaría con todo vestigio de vida humana en la Tierra. La idea, bien concebida por el equipo de expertos de la física integral, tenía sus reservas en cuanto a un posible renacimiento del planeta después del apocalipsis. Pero, para que esto se hiciera realidad, pasarían muchos siglos tal cual como había ocurrido en los inicios de la creación, luego del Big Bang, aquella singularidad que daría origen a un universo infinito, y de la cual hablaban los antiguos hologramas archivados por siglos, como monumento a la creatividad humana. Imágenes tridimensionales de miles de millones de estudios que explicaban el origen de la especie.

Aquellas conjeturas, elaboradas por las mentes más brillantes de la época, se hicieron reales, y para el 4000, las grandes ciudades situadas en la costa quedaron literalmente sepultadas bajo el mar. La temperatura media de la Tierra había superado los 14°C y todo el hielo del planeta se fundió por completo, permitiendo que ese basto azul del mar, que se contemplaba desde la estratosfera, ampliara sus fronteras arrasando con toda la superficie terrestre.

Venecia, Londres y Barcelona, fueron las primeras ciudades en hundirse, en medio de las aguas, entre otras, no menos engreídas, que las seguirían al poco tiempo, en territorio europeo. Aquella fatalidad permitió que se tomaran medidas de emergencia en el hemisferio occidental, sin embargo, la mayoría de las metrópolis bañadas por las aguas del Atlántico, el pacífico y el mar Caribe, sucumbieron ante los grandes tsunamis. Seúl, Manila y Shanghái, además de varios países conformados por pequeñas islas asiáticas, desaparecieron junto con sus habitantes. Túnez y el Cairo, al evaporarse junto a otros grandes emporios urbanísticos, dejaron al África convertida en un pequeño islote incandescente, bajo una temperatura imposible de ser soportada por algún ser vivo en la tierra, e igual, o peor destino, corrieron todos los países de Oceanía.

Si bien ya existían colonias fuera de nuestra galaxia,

las condiciones no eran tan propicias como las que habían existido en la Tierra. Millones de seres habían perecido en medio del cataclismo y del mundo conocido apenas quedarían los recuerdos. Los cinco grandes océanos, desde el Ártico al Antártico, se habían revelado contra toda forma de vida en el planeta, y solo el ingenio humano podía salvar a la especie de su desaparición total. La vida perduraba gracias a las migraciones interestelares y las venideras serían producto de la conservación de espermatozoides y óvulos, almacenados en silos que habían sido edificados con pasta nuclear, reciclada para tal fin, en varios de los planetas repoblados. Todo un gigantesco esfuerzo con la mira puesta en un futuro bastante lejano.

En nuestro ex planeta, las grandes extensiones de tierra se fueron reduciendo a unos pocos pantanos, que, en poco tiempo, zozobraron ante las aguas hirvientes, vomitadas por volcanes desde las profundidades del océano. La energía liberada no tenía precedentes y se había mantenido inerte durante siglos, gracias a las bajas temperaturas rutinarias en aquellas hondonadas, boyantes en su variedad de especies marinas, ahora en total extinción.

Los continentes como habían sido conocidos ya no existían, la Tierra era un gran desierto de agua salada y se vivía en ciudades submarinas. Tres gigantes domos funcionaban como centros de investigación y

habían sido contruidos a fuerza de la misma pasta nuclear, utilizada con éxito en los silos de preservación de la especie. En este caso, repotenciando su densidad cristalina, que la volvía cien billones de veces más fuerte, que cualquier compuesto terrestre conocido en siglos anteriores, en lo que alguna vez había sido el planeta más envidiado de nuestra galaxia. Este compuesto se originaba cuando las supernovas hacían implosión, una vez cumplidos sus diez mil millones de años de vida. Un fenómeno tan extraordinario que terminaba por reducir un objeto del tamaño del Sol, a solo unos 400 kilómetros cuadrados. Por lo que no era de extrañar que aquellos domos soportaran con estoicismo, la presión del océano y los constantes sismos que azotaban el ecosistema.

En los hologramas cuatridimensionales más recientes, se contaba que la gelatina nuclear había sido descubierta en siglos anteriores, una vez que las primeras invasiones, no tripuladas por seres humanos, llegaron a Próxima Centauri. En ellos se exponía cómo, una vez culminadas las muchas pruebas y ensayos respectivos, y en apenas dos siglos, el material pudo ser industrializado para todo uso que significara la salvaguardia de la especie. La misma se transportaba, luego de un recorrido de unos 42.000.000.000.000 kilómetros hasta nuestros almacenes interplanetarios, gracias a que habíamos alcanzado a viajar a la velocidad de la luz, travesía que se

realizaba en cápsulas espaciales, tripulada por inteligencia artificial, desde el 5.500 después del apocalipsis. Ese había sido el primer logro de la arremetida tecnológica decidida por los centros de poder, para sobrevivir al cataclismo. Toda una robótica minera, dedicada a realizar trabajos no aptos para el ser humano, con resultados extraordinarios. También, los domos de investigación, habían sido otro éxito de la creatividad humana, en busca de la supervivencia. Todo a la espera, y con la esperanza puesta a futuro, de que el cataclismo culminara y la Tierra pudiese volver a su estadio original, en los siglos por venir.

Para el 3000, antes del primer viaje intergaláctico que más tarde nos llevaría hasta Próxima Centauri, odisea como la que se alcanzaría dos mil años después, eran aun una utopía, un guion de la ciencia-ficción. Sin embargo, ya se realizaban, bajo estricta confidencialidad, ensayos y pruebas que comenzaron a dar sus primeros resultados para mediados del mismo siglo. Los científicos del momento, disponían de miles de expedientes cifrados en códigos especiales que estudiaron metódicamente desde que en el XXI, se lanzaba a la estratósfera el objeto humano más veloz que habíamos diseñado: la Voyager 1. Para aquellos tiempos la sonda lograba alejarse del Sol a una velocidad de 17,4 km/s, o sea, unos 540 millones de kilómetros al año. A ese ritmo, no era imaginable para el ser humano común y corriente, alcanzar Alfa

Centauri, ya que se necesitarían unos 4,37 años luz para alcanzar el objetivo, es decir, unos 76000 años de travesía.

Ya para principios del XXII, la NASA habían reunido a los mejores científicos y pensadores a nivel mundial, pues a esas alturas no había forma de parar el destino del planeta. Lo inevitable se les venía encima. Las "Arcas" construidas por los chinos, para sacar a flote a buena parte de su población, fue apenas un paliativo insignificante, una forma improvisada de sobrevivir a la catástrofe, sin los resultados que ellos esperaban. Algo urgente había que hacer y ese algo urgente se encontraba fuera de nuestro sistema solar. Visto el peligro de extinción se aceleraron los planes para construir sondas interestelares que consiguieran distancias nunca antes previstas. Así nació la Lumix I, un armatoste capaz de superar los 25 000 km/s, reduciendo un viaje interestelar a 50 años humanos. Se abría entonces, una ventana ante la extinción inminente.

Luego de varias pruebas, durante diez años de labores ininterrumpidas, con resultados bastantes satisfactorios, las grandes compañías de vehículos interplanetarios, junto a sus más experimentados ingenieros, procedieron a la construcción masiva de naves espaciales. Estas en sus inicios eran de mediana capacidad, pero en la medida en que fueron probando su eficacia, viajando con miles de pasajeros

rescatados de los únicos dos continentes, aún no invadido totalmente por las aguas (aunque bastante reducidos en territorio seco), terminaron siendo más avanzadas en su ingeniería y diseño compacto. A todas, desde su primer prototipo, se les llamó Lumix, en referencia a la velocidad de la luz.

La selección de los futuros “salvadores” de la especie fue como se esperaba, tan natural, como justificable para los gobiernos de Alemania, China, Japón, Inglaterra (emigrados en tiempo record, una vez que todas sus islas se iban hundiendo a velocidad vertiginosa), Rusia y Francia. Las seis naciones estuvieron de acuerdo en que los primeros en partir debían ser científicos, técnicos, e ingenieros, quienes auxiliados con toda la robótica disponible, iniciarían las primeras fundaciones y asentamientos en el tiempo más corto posible, acorde a las distintas estaciones planetarias, que se habían adelantado en los siglos anteriores. Así, cada nave estaba destinada a un planeta ya probado para su habitabilidad, por reunir las condiciones necesarias en lo referido a la sobrevivencia humana.

Paralelamente a todo el despliegue extraterrestre, y mientras en las galaxias se exploraban espacios habitables, en la tierra, continuaban los experimentos y cada año, las naves, gracias a la inmensa tecnología de la que se disponía, eran más tenaces, imponentes y casi invulnerables, además de inteligentes. Apenas

en 30 años, las primeras propulsoras que habían viajado con los pioneros se volvieron obsoletas y una vez convertidas en chatarra, se reciclaban para la construcción de asentamientos más propicios, en donde se albergaban los nuevos refugiados interestelares.

La emulsión química convencional que durante siglos se había empleado para impulsar los viejos cohetes espaciales, pasaba a la historia, pues por esta vía se hubiese requerido, según los cálculos más optimistas de los científicos de la época, unos 1.026 kg de combustible por cada kg de masa de la nave. O sea, que un transbordador bajo esta premisa, terminaría por tener cien veces el tamaño de la Tierra, y la idea concebida por los científicos, era lograr el viaje a la velocidad de la luz, algo que parecía imposible porque nada garantizaba que una vez desintegrados los átomos que conforman la masa del cuerpo humano, estos pudieran volver a integrarse sin daños secundarios en el organismo. Aún con este pesimismo, la ciencia y la tecnología, avanzaban de la mano paralelamente. Por un lado, la biología molecular buscaba la fórmula para evitar que las células pudiesen ceder a este cambio vertiginoso en el tiempo. Y por el otro, los tecnólogos e ingenieros espaciales, creaban un material capaz de preservar la esencia orgánica dentro de una cápsula, durante un viaje espacial que pudiese durar cientos de años. Las dudas no resueltas tenían que ver con los posibles daños cerebrales, y

con un deterioro acelerado o fulminantes de los tejidos celulares, que pudiesen convertir la materia en energía pura. En el tiempo imaginario, existe la posibilidad, o bien la certeza, de viajar hacia adelante o hacia atrás, en vista de la inexistencia de un tiempo absoluto, pero en cambio, en el tiempo real, las circunstancias cambiaban, acorde a la segunda ley de la termodinámica. Por ello, los pensadores más insignes de la galaxia, estaban dedicados a elaborar una hipótesis que pudiese conjugar materia y antimateria. Comprobarla más tarde ya sería harina de otro costal.

Como el objetivo primario era alcanzar Alfa Centauri, las primeras pruebas se iniciaron con la propulsión iónica o de plasma, así como la térmica nuclear. Con ambas un viaje inter espacial podría tardarse unos 40.000 años en alcanzar su propósito, por lo tanto, prontamente esta opción fue descartada. El tiempo corría tal cual avanzaban las gigantescas olas que iban reduciendo el espacio terrestre habitable, borrando todo indicio de vida a su paso. La segunda iniciativa vino con la idea de impulsar las naves con lo que denominaron el magnetoplasma, acertando así, al menos en teoría, el viaje a 2.200 años geofísicos. Finalmente, bajo una coordinación acelerada, se pasó de las velas solares a las naves de fusión nuclear, con las cuales se calculó un viaje hasta Alfa Centauri de apenas unos treinta años terrestres. Y esto ya era historia en el 5.500

Los agujeros de gusanos llegaron más tarde sin pérdida de tiempo, y eran, para este siglo, el método más conveniente en el transporte de alimentos y agua a los centros de investigación anclados bajo los grandes océanos. Vista desde el espacio sideral, nuestra esfera lucía de un azul profundo, apenas aclarado en sus bordes cuando la rotación le permitía reflejar los rayos del Sol. El envío se realizaba en capsulas especiales, diseñadas para tal fin, capaces de soportar la travesía sin daños colaterales. La trayectoria del gusano seguía la curvatura del espacio-tiempo en constante equilibrio, acorde a su gasto y suministro de energía. Sobre esta autopista ya se había especulado en la era de las viejas teorías de relatividad general, de un tal Albert Einstein (un científico muy prestigioso y reputado en muchos siglos de historia). Postulado que para este siglo formaba parte de la TGU, la teoría de la gran unificación.

Si bien el cuerpo científico hacía todo lo humanamente posible para perpetuar la especie, el mundillo de la política rapaz, actuaba a contracorriente, bajo sus propios intereses. En el pasado, las grandes potencias nunca lograron ponerse de acuerdo en cómo combatir el cambio climático, de allí que proliferaran las guerras intestinas apoyadas por las distintas potencias dominantes. Las viejas dictaduras cobraban fuerza y el reino de las armas, cada vez más mortíferas, se imponía por sobre todo lo que alguna vez pudo

haberse llamado civilidad. Estas atroces incursiones blindadas trajeron como consecuencia hambre, enfermedades, miseria y pobreza extrema. Y como era de esperarse, las naciones más subdesarrolladas llevaban siempre la peor parte

Para complementar el panorama, en la medida en que ascendía la temperatura, los cultivos iban desapareciendo, y la tierra, otrora llena de fertilidad, se volvió estéril de polo a polo. Los ríos y lagos se contaminaron y aquellos pueblos que no disponían de la alta tecnología para la purificación de las aguas, perecieron contagiados con bacterias desconocidas, que durante siglos habían permanecidos congeladas, atrapadas bajo la capa del permafrost.

Ya para el siglo 2020, los científicos advertían que en 50 años, de no tomarse las medidas que ellos sugerían, el nivel medio del mar alcanzaría los 30 centímetros, pero se quedaron cortos en su apreciación. Apenas unos pocos años después del vaticinio, la selva amazónica y la tundra antártica, alcanzaron niveles de inestabilidad que alarmaron al mundo desarrollado. El aumento de la temperatura, daba inicio al derretimiento avanzado en el permafrost, liberando grandes cantidades de gas metano, y considerando que este ocupaba el 24 por ciento de la superficie de la Tierra, concentrado en Alaska, Canadá, Rusia, los países nórdicos y el Himalaya, el apocalipsis del cual

hablaban los arcaicos textos bíblicos, se encontraba a la vuelta de un siglo, a más tardar. Hasta el 2050, el permafrost había actuado como una enorme jaula criogénica, capaz de constreñir los residuos de carbono, producido por las plantas y animales descompuestos durante las glaciaciones, en los inicios de la vida terrestre. Ahora, eso era historia apocalíptica.

De modo que en aquel panorama de caos, que avanzaba sin tregua, las primeras oleadas inundaban en cuestión de días, las inmensas zonas agrícolas del continente africano, que con altivez habían resistido la destemplanza del clima. El Atlántico y el Índico se abrazaban en un solo y único océano majestuoso. Una vez tierra arrasada, los animales morirían por falta de alimentos. Al otro lado del mundo, el Pacífico y el Atlántico harían lo consecuente con el Amazonas. El gran pulmón dejaba de respirar y las inundaciones acabaron con lo poco que restaba de vida en las poblaciones cercanas a ambos océanos. Para este momento, los glaciares eran solo un recuerdo blanquecino en el azul del mar. Con el cataclismo no quedó costa sin ser anegada por las aguas y todas las islas terminaron tragadas por olas gigantescas. Sumergidos bajo millonésimas toneladas de agua, quedaron los inmensos centros inmobiliarios. Para algunos, la Atlántida regresaba de su pasado histórico y cobraba vida en un futuro incierto. Finalmente, aquellos imponentes torrentes, emblemas de nuestra her-

mosa geografía, como el Niagara, Iguazú, La Victoria, el Salto Ángel, el Tuguela y Yosemite, entre otros saltos de agua gigantescos, no menos importantes, sucumbían al cataclismo quedando como islotes de rocas ígneas en medio del mar, convertido en dueño y señor solitario de todo el globo terráqueo. Las aguas alcanzaban casi los 90 grados en su superficie, y ninguna especie marina sobrevivió a tan elevada temperatura. Ya en las profundidades, esta podía descender a los 30 grados y gracias a los convertidores de titanio internos de las cúpulas, era posible mantenerla entre los 15 y 23 grados, una escala aceptable para permanecer bajo un ambiente confortable de trabajo, hasta la llegada de los relevos, que se llevaban a cabo cada cinco años terrestres.

Antes del apocalipsis las nuevas generaciones de científicos habían logrado concebir una tesis que unificaba la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad. La denominaron teoría cuántica de la gravedad. Para ese momento, el universo se había expandido a una velocidad mayor a la predicha en el 2050 y eso llevó a los mejores físicos a diseñar, junto a los más consagrados peritos en el mundo de la tecnología, instrumentos que permitieran la creación de una gran autopista interplanetaria llamada gusano de luz, por donde era posible viajar, en tiempo finito, de un lado al otro entre planetas, astros y asteroides. El gusano fue probado durante 50 años trasladando todo tipo de

materiales y se esperaba que también, los seres humanos pudiesen viajar sin contratiempos una vez superada las pruebas que intentaban conciliar la materia y la antimateria, sin que estas se aniquilaran al colisionar, dejando solo energía. Trasladarse por esta especie de elevador desintegrando átomos a la salida, e integrándolos a la llegada, sin complicaciones para los organismos vivos, era la gran apuesta. Algo que para el 5.600 aún no se había logrado.

Pero no todo era armonía y convenios inteligentes. Después de dos siglos culpándose unos a los otros de la calamidad acaecida en el planeta, subsistían los recelos, resentimientos y ambiciones. La sed de poder, la arrogancia y los deseos por ser los amos de la galaxia, constituían el peligro más grande imaginado por los científicos, los altruistas y los abandonados a su suerte, tratados como seres inferiores, según la escala de Darwin, acogida finalmente como la única teoría de la existencia evolutiva del ser humano. Si bien se había avanzado en ciencia y tecnología, en política, el ser humano se había quedado rezagado. Ni siquiera los estudios genéticos habían logrado cambiar una mentalidad de conquista y arrase, de odios por el color de la piel, de envidia ante la meritocracia, de traiciones e intolerancias ante los distintos sexos. Así, la habitabilidad en los planetas seleccionados se decidía acorde a la religión, a las maneras de pensar, a las tendencias o preferencia sexuales y a la raza. En este

accionar prosaico, a los heterosexuales se les otorgaba mayores privilegios que a los suprasexuales, intersexuales y homosexuales. Bajo el dogma del control de la población, se mostraba cierta tolerancia con los monosexuales, pero se excluían sutilmente a los ambisexuales, protosexuales y plurisexuales. El color de la piel también creaba ronchas y en la búsqueda de una estirpe depurada e impoluta, se discriminaba entre ciudadanos de piel roja, blanca o negra, amarilla o escamada, original o sintética. Con las edades no era distinto, y los ciudadanos que superaban el medio siglo, corrían la peor de las suertes con la excusa de ser “improductivos”. Por ello, eran asignados a un habita virtual, atendido por inteligencia artificial, hasta que morían de soledad.

Una vez acaecida la desgracia, los virtuosos esperaban una nueva generación de ciudadanos llenos de armonía, prolijos en virtudes, deslastrada del viejo molde que condujo a la tierra al cataclismo total. Pero no, si bien cambio el mundo y la galaxia, el ser humano continuó tal y como el designio “divino” lo había creado. La palabra “divino”, por cierto, fue lo primero en ser eliminado de todos los textos virtuales y apenas hacer mención de ella, podía significar una pena de aislamiento solitario, en los distintos asteroides disponibles para esa tarea, ya que la misma aludía a una creencia supra galáctica, un Dios que había creado aquella inmensidad que se expandía a su libre albe-

drío, a pesar de que los científicos continuaban en su búsqueda de leyes unificadas, que dieran explicación a tal singularidad.

Marte, el cuarto planeta en orden de distancia al Sol y el segundo más pequeño del sistema, después de Mercurio, se utilizaba como centro de acopio para la Tierra, el gusano depositaba allí todas las provisiones cultivadas, industrializadas y fabricadas en la otra galaxia. Desde allí viajaban cientos de naves semanalmente hasta los profundo de los océanos para entregar la mercadería de sobrevivencia, sin embargo, el descontento de la población en el planeta, crecía en la medida en que el abastecimiento mermaba, así como la calidad de vida una vez que el personal tipo “A”, era sustituido por el tipo “B” y luego el “B” por el C, y el C por el “D”, en una decantación bien programada para deshacerse de los “menos aptos”. De allí en adelante comenzó una especie de negligencia, en un principio, para luego convertirse en desamparo, más tarde en orfandad, prontamente en desgobierno y finalmente en abandono.

Abrió los ojos aterrorizado. La misma pesadilla de siempre. Los párpados le pesaban y gracias a la oscuridad no sintió esa punzada en las pupilas que desde varios días lo venía atormentado, padecía la enfermedad del vampiro, como la había denominado él, luego del diagnóstico y el tratamiento a fuerza de es-

teroides que le habían recomendado. En realidad se trataba de una uveítis que debió ser tratada de emergencia. Cerró los ojos para de nuevo caer en el sopor, ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Un ruido lo sobresaltó cuando estaba a punto de sumergirse en el vacío de ese sueño repetitivo. Los abrió contra la gravedad de los párpados que pesaban como cortinas de hierro. Entonces observó ese basto universo mostrado a través de la claraboya que hacía las veces de techado. Apenas unas semanas atrás, había sustituido el anciano cielo raso, de aquel estudio a donde se retiraba a escribir sus memorias. Sonrió a la vez que su yo interior le apuntaba que, de nuevo, lo había invadido la pesadilla habitual. Estando en plena reflexión, en cuestión de microsegundos, una luz brillante chocaba contra la nave pilotada bajo inteligencia artificial. No era una claraboya la que le mostraba el oscuro universo, ni aquello era su estudio de la vieja casa donde solía ocultarse, para redactar sus apuntes acerca del cambio climático. ¿Cuánto tiempo había dormido? —Se preguntó—: ¿12, o 24 horas?, ¿unas semanas?, ¿un año o todo un siglo? Un relámpago invadió el único espacio disponible sin dejar un solo rincón a oscuras, una luz sin sombras, aquella. Pulsó el botón rojo en los comandos colocados a su derecha y la burbuja de la cabina se ennegreció, protegiendo sus pupilas ante aquella luz que le atravesaba, sin ninguna dificultad, la membrana de sus párpados. Libre

de la molestia, buscó entonces el interruptor azul para comunicarse con el cerebro de la nave y enterarse de lo que estaba ocurriendo. La luz blanca que lo inundaba todo se extinguió de pronto y las sombras lo dejaron en la completa oscuridad. Un sonido apocalíptico lo sacó de su letargo, la tormenta era de pronósticos reservados, los rayos continuos encendían la habitación a través de la claraboya de un extremo al otro, seguido por un estruendo ensordecedor, cuyo eco permanecía hasta la llegada del otro, más o menos fuerte, dependiendo de la distancia en que las nubes colisionaban unas contra otras, arrastradas por los vientos huracanados. “Claro, la velocidad del sonido es de apenas 343,2 metros por segundos, bastante alejada con respecto a la de la luz” –recordó en medio de la somnolencia–. Había estado escribiendo una historia sobre el fin del mundo...

De pronto, despertó...

Pasa lo que pasa porque pasa

No sé si te has encontrado, Julito, con este tipo de gente que vive diciendo que tal o cual cosa no va a pasar, y que cuando pasa, dicen que lo que pasó, pasó, porque tenía que pasar. Qué gente tan rara ¿no? Julito. Para atrás y para adelante. También los hay quienes señalan lo contrario y en fin Julito, qué se creerán, ¿adivinos? Ahora, no sé si es mejor ser como ellos son, o, ser como Gisela es, que es todo lo contrario, Julito, por ese pesimismo crónico que la envuelve que ni te cuento. Lo de Gisela es patético, porque para ella, nada bueno pasa, ni nada bueno pasará, porque estamos destinados a ser unos buenos para nada. Dime entonces, Julito, ¿cómo lo ves tú?

Y en fin, si el mundo se divide en gente que vive diciendo que tal o cual cosa no va a pasar, Julito, y otros que sostienen que esas cosas si pueden pasar, si queremos que pasen. Además de los que afirman como Gisela, que nada va a pasar nunca, porque somos incapaces de hacer que las cosas pasen alguna vez cuando las cosas no deberían de pasar, entonces, Julito ¿para dónde va el mundo?

Y mira si estamos mal, Julito. La semana pasada me encontré con Pavel, ¿tú conoces a Pavel? Y mira lo que me respondió cuando con la misma cantaleta le hice el mismo comentario: ¿Y a ti que te interesa que

pase o no pase lo que pase, o bien si no pasa nada, o si somos unos incapaces de hacer que las cosas pasen? Me quedé en blanco, boqui abierto, Julito, pensando que Pavel tenía razón sobre mi interés o desinterés acerca de las cosas que pasaban. Preocupados ambos por lo que podía pasar sin importarnos lo que pasará, nos fuimos al café de la esquina marchando en medio de la algarabía en plena campaña electoral, recorriendo muros atiborrados de propaganda, oyendo promesas y críticas a través de los medios de comunicación, hasta que, ya sentados con un par de copas en las manos, volvimos sobre el panorama que se nos avecinaba.

Le dije sin más, mi estimado Julito, que quizás toda esta preocupación mía estaba motivada por el contexto electoral. Le señalé que el cuento de la democracia representativa y demás hierbas ya era una concepción obsoleta de la política y que en la actualidad quienes debían representarnos, no representaban a nadie, y terminaban representándose a sí mismos en nombre de los demás, y los demás, Julito, atento a esto, somos nosotros, no ellos. Sólo eso somos, Julito, demás, y estamos demás cuando se trata de tomar decisiones para los demás. De modo que cuando votamos caemos en la mísera trampa de creer que lo hacemos por los demás y terminamos haciéndolo por los de menos, quienes nunca están demás cuando lo que le conviene a los demás, no sea un inconveniente

para ellos, los de menos, Julito.

En eso andaba yo con Pavel, pensando un poco en pajuatadas que me hinchaban las pelotas. Pero qué se le va a hacer, Julito, los demás siempre estaremos demás, mientras los de menos sigan gobernando. Esa es la razón por la cual yo no voto, le dije a Pavel, ni votaré en un futuro cercano, le ratifiqué, sin que me quedara nada por dentro. Te juro por mi santa madre que no lo haré hasta que inventen otro sistema, no perfecto, Julito, porque nada lo es, pero que al menos permita que a los demás se nos tome en cuenta igual que a los de menos, que ya es pedir demás, pero en fin, Julito, como dicen por ahí, la esperanza es lo último que se pierde, y un poco de fe y optimismo a futuro, Julito, no está demás.

Ahora, tú me preguntas, Julito, si yo, que soy del grupo de los demás, (aunque no vote y demás está decirlo), tengo una solución ante lo que no va a pasar que termina pasando, porque si pasa es porque tenía que pasar, te digo que no siempre tiene que ser así, aunque así sea siempre. La posibilidad aunque sea mínima tiene que ver con evitar que los de menos convezan a los demás de que lo que va a pasar, pasará inevitablemente aunque nada pase. De esta manera es posible identificar a los de menos que si bien se valen del criterio de los demás, son partidarios del “eso no va a pasar pero pasa, y si pasa, es porque tenía

que pasar”. De modo, Julito que cuando algún demás pronuncie esa frase o la contraria, ya sabrás lo que pasará cuando las cosas no debían de pasar.

Asesino serial

–Hola amor, disculpa que te llame tan de madrugada, acabo de matar al muerto y espero que tú, Oscar junto a Serrano se encarguen de desaparecer el cadáver.

Era la típica historia de la rutina y de las pasiones desbordadas de las cuales somos prisioneros. Carmelo no pudo aguantar tanto tiempo con una personalidad que no le pertenecía. Había usurpado la de su hermano mellizo para escapar de la justicia, una vez que este falleció en un terrible accidente. ¿Qué cómo lo logró? Es un cuento largo, pero no viene al caso. Solo les diré que el muerto era todo lo contrario al vivo, este último era la negación del ser humano. La madre lo notó desde pequeños y lo confirmó cuando ambos tocaron la adolescencia. La maldad llevo a Carmelo a ser el delincuente más buscado por los cuerpos policiales del país, vivo o muerto, luego de ser identificado como sospechoso de haber ultimado a una docena de chicas de la vida alegre en el transcurso de un año: “Mejor muerto que vivo” había sentenciado en una reunión el jefe de la policía judicial harto ya de los ataques de la prensa.

Unos cuantos meses bastaron para que Carmelo regresara a sus andadas. Se sentía seguro, una vez

que, tanto los cuerpos policiales, como los medios impresos y audiovisuales, lo dieron por muerto aunque bajo una versión totalmente distanciada de la realidad. Se dijo que el criminal falleció al enfrentarse armado a un cordón policial apostado en una vía pública cuando estos realizaban un operativo de rutina. El ociso no cargaba ninguna identificación, pero horas después luego de someterse a reconocimiento en la morgue de la ciudad, se determinó que se trataba de Carmelo Garcilazo Medina, cuyo prontuario policial ocupaba unas 190 páginas en el archivo de los más solicitados desde hacía varios años. El vademécum se iniciaba con delitos menores que no pasaban de amonestaciones, después vinieron las multas, más tarde las acusaciones y finalmente los arrestos. Luego fue acusado de actos vandálicos, de violencia callejera, y posteriormente fue juzgado por casi matar a golpes a una prostituta a la que no le quiso cancelar el trabajo. Ese delito le costó unos años en prisión. A su salida, por un tiempo no se supo nada de él hasta que comenzaron a llegar denuncias de prostitutas a las cuales mantenía trabajando bajo mano de obra esclava. Durante este período varias de las chicas habían desaparecido misteriosamente y las otras sospechaban que algo malo les había sucedido, sólo que no se atrevían a enfrentar al proxeneta, haciendo preguntas inoportunas.

El hermano mellizo, luego de la muerte de la madre,

abandonó la ciudad y se internó en la provincia, para dedicarse al trabajo agrícola huyendo de la influencia nefasta de Carmelo. Con el tiempo, Carmelo averiguó su paradero y logró contactarlo. Era la época en que los cuerpos policiales no le daban descanso y se mantenían a un paso de su captura. Lo citó en un lugar apartado por su seguridad, porque no quería ser visto y porque así como desconfiaba de todos los que le rodeaban, sentía la misma aprehensión por su hermano desde que este lo abandonó a su suerte, a sabiendas que Rufino haría cualquier cosa por él como bien lo había demostrado por años desde que apenas eran unos críos irresponsables. Lo que vino después, fue el resultado del destino: discutieron (algo que siempre habían hecho desde niños), pelearon (una rutina en la ambos salían magullados para terminar abrazados muertos de la risa) y el mellizo cayó de bruces ante un certero puñetazo de Carmelo, el K.O fue instantáneo (lo inesperado)...y la muerte también. Un accidente fatal.

Lloró amargamente en medio de la penumbra, pero finalmente reaccionó y se dijo que para algo debería servir su muerte. Fue entonces cuando se le ocurrió subirlo al auto, simular un accidente, y dejar el resto de la historia para los funcionarios policiales y los medios de comunicación social. Podría abrir un paréntesis nada relevante y contar el por qué llegó Carmelo a esa conclusión, pero es mejor continuar con el quid de

la narración para no perder el hilo. También podría extenderme acerca del porque averiguó el paradero del hermano, algo con lo que siempre se puede especular en este tipo de historias. Sin embargo, aquí de lo que se trata es de contar en pocas palabras lo sucedido esa noche de la llamada telefónica, lo demás lo dejamos para la imaginación.

Decía pues, que ya libre de persecuciones, Carmelo esperó unos meses para de nuevo ponerse en acción. Durante el tiempo que permaneció en una celda apesadumosa, logró concebir una manera de explotar a ciertos personajes adinerados, a quienes prestaba sus servicios de chicas inquietas. Normalmente, por precaución y en vista del riesgo, este contacto se hacía a través de un tercero. En estos casos, la paga era sumamente generosa en vista de que la honorabilidad del cliente siempre estaba en juego. Y por supuesto, la reserva, la confidencia, y el trato, eran inviolables.

Una vez madurado el viejo plan y calmada la situación que lo mantenía a la expectativa, así como descartadas en su listado la mayoría de las chicas con las que había trabajado, en vista de que cualquiera de ellas podía mandarlo a cadena perpetua, optó por escoger a Milena para llevarlo a cabo. Ella era la única mujer, capaz de reducirlo a un ser normal, común y corriente, la incomparable Milena, diestra para extraer de su alma impúdica los más puros sentimientos. Ella era la adecuada, sólo con ella sus planes se concre-

tarían y finalmente dejaría esta vida miserable. Ese habría sido el deseo pos mortem de su hermano. Atrás quedarían sus asesinatos. De no haberlas matado, el muerto sería él. Ya lo habían amenazado varias veces y estas chicas no se venían con cuentos. Tenían sus amantes, locos, drogadictos, maleantes y asesinos a sueldo. Cualquiera de ellos se habría hecho cargo de él. Con la droga no le fue mal, pero nunca vendió en elevadas cantidades, gramos apenas para los clientes que lo requerían. En atracos nunca participó, el riesgo era alto y los beneficios eran pocos. En fin, escogió a mi Milena para llevar a cabo su nueva empresa, la única capaz de identificarlo y de apoyarlo en ese propósito. Más dinero, más chantaje. La rueda de la codicia giraba otra vez a su alrededor.

Se le apareció de pronto en su departamento como un fantasma y luego del susto, Milena reaccionó pensando que era el hermano de la vieja fotografía que Carmelo le había confiado en una oportunidad, cuando retozaban luego de una follada de ensueño. En ella ambos aparecían brindando con dos botellas de cervezas y él le confesaba que era hermano mellizo.

–No te asustes, soy Carmelo, abre y te lo explico todo. –Ella dudó, pero más pudo la curiosidad, que la razón y entonces zafó la cadenilla y el muerto hizo su entrada.

Sin salir de su asombro, Milena escuchó por un par

de horas todo el cuento de Carmelo, no lo podía creer y para colmo, este ser despreciable, venía a proponerle un retorno a sus viejos negocios, Ahora con una lista en sus manos de los empresarios a los que ella había prestado sus servicios como “dama de compañía”, entre los cuales se encontraban varios con los que ahora mantenía una relación amistosa. No daba crédito a lo que escuchaba y su ira iba creciendo en la medida en que Carmelo se apasionaba con sus nuevos planes de chantaje

–Ya basta Carmelo, ¡Sal de aquí! –su rostro, su cuerpo todo se había transformado producto de la ira que sentía como una hoguera encendida que la carbonizaría en cualquier momento por combustión espontánea.

El mellizo no pudo contener su rencor aplacado hasta ese momento y sin darle tiempo a aquella mujer, espléndida en su moral de prostituta, para esquivarse, le descargo un puñetazo en el rostro que la hizo rodar por el piso aparatosamente. Tampoco pudo protegerse, por más que lo intento, utilizando sus brazos y piernas, acurrucándose como podía de los punta pies que aquel hombre histérico le propinaba sin misericordia

–Maldita puta, te voy a matar pero primero mato a toda tu familia para que sepas quien soy yo –el hom-

bre descargaba su rabieta y se movía con ansiedad de un lado al otro del salón, para regresar a ese cuerpo abatido en el suelo y de nuevo descargar su ira asestándole con el talón del zapato otra patada que la dejó sorda de un oído. De pronto se oyó un portazo fuerte en el pasillo que distrajo al mellizo, quien se dirigió a la entrada para mirar por el ojo de buey, y grogui como se encontraba, Milena pudo sostenerse en pies y huir hasta su habitación. Minutos más... O minutos menos, al parecer, en el edificio nadie escuchó las tres detonaciones que se sucedieron en fracciones de segundos. Ni un alma salió a los pasillos, ni un solo vecino se asomó a las ventanas o a los balcones ante aquel ruido atronador...

Al llegar, ella nos abrió la puerta visiblemente consternada. Dijo, "allá esta" y nos señaló la habitación. Yo permanecí a su lado revisando sus heridas mientras Oscar y Serrano enfilaron sin pronunciar palabras. En minutos, Serrano bajo al automóvil y regresó con un saco de dormir en donde metieron el cadáver. Luego limpiaron con toallas la sangre regada en el piso y las depositaron también en el saco de dormir. Listo, dijo Oscar mientras Serrano arrastraba el saco hasta el balcón. Oscar se despidió y bajo hasta la calle, el reloj marcaba las 2 de la madrugada. Miró a los lados y le hizo una seña a Serrano quien lanzó el cadáver por la baranda que terminó estrellándose sobre el pavimento de la acera con un ruido sordo. Oscar lo recogió y lo

clavó en la maleta, luego encendió el auto a la espera de Serrano. Este al salir dijo sus únicas palabras desde que había llegado al departamento: “Quien era ese”. “Un muerto” le respondió Milena.

Conquistada con un sandwich de banana

No sabría decirles el por qué me enamore de Socorro siendo la más feíta del salón. Quizá lo que me atrajo de ella fue esa gracia con la que se desenvolvía entre los compañeros de clase. Una simpatía única y un don de gente cautivante. Quizás fue ese aire de frescura que la arropaba, esa capacidad de dirigirse a ti sin pretensiones y sin complejo porque ella era de clase media alta y tú de un barrio en donde los pobres ya no cabían.

El cómo terminé estudiando en aquel instituto resultó todo un misterio. Desde la provincia, mis padres decidieron mudarse a la capital en busca de oportunidades que en el poblado iban escaseando en la medida en que sus habitantes lo iban abandonando. Con el pasar del tiempo, prácticamente terminó convertido en un pueblo fantasma. Las grandes transnacionales del petróleo se habían instalado en los principales estados productores y hacia ellas se originaban migraciones de campesinos de todas partes del territorio nacional.

Como zapatero, mi padre no tenía opciones en aquellos suburbios puesto que a los trabajadores que lograban pasar a la nómina se les dotaba de todo el equipamiento necesario para vivir en el asentamiento petrolero, incluyendo botas especiales vulcanizadas, elaboradas en grandes empresas norteamericanas,

que nada tenían que ver con las alpargatas que diseñaba mi padre y sus zapatos exclusivos de suela de ganado, cocidos a mano que todos los habitantes del pueblo usaban con orgullo, puesto que eran la obra de un artista en materia artesanal.

Tampoco mamá tenía chance de sobrevivencia en aquellas modernas instalaciones en donde los obreros disponían de proveedurías de alimentos y centros de emergencia con doctores y enfermeras profesionales traídas del exterior. Ella apenas era una simple curandera apreciada por ser capaz de eliminar el mal de ojos en los recién nacidos, así como devolver la culebrilla a quienes la padecían antes de que se juntara la cola con la cabeza, causando una muerte segura del paciente acorde a las creencias de la época. Se trataba de una dolencia que no discriminaba y atacaba sin misericordia a los adolescentes, adultos y ancianos sin que ningún antibiótico conocido aliviara su malestar. Mamá era la única poseedora de conocimientos, a fuerza de hierbas, que evitaba también que las paperas bajaran a los testículos y dejaran infértiles a los hombres. Mi madre conocía las fórmulas ancestrales para cicatrizar los corrimientos en las dentaduras, aliviar los picores de la sarna, desaparecer los cadillos de las manos, usar las hojas de llantén para eliminar la ceguera de los chicos que amanecían con las pestañas pegadas por las lagañas, que para los pueblerinos era producto de haberse jurungado sus partes

íntimas, ocultos en el monte, y finalmente a decir verdad, mamá era capaz de pesar las bolas de los pacientes con las palmas de sus manos para detectar un crecimiento anormal de la próstata y recomendar brebajes para evitarle males mayores en los avanzados de edad.

Además de ser una especie de médico naturista, mamá podía leer el tabaco en sesiones espiritistas para conocer las penurias que sobrellevaban sus pacientes y aconsejarles lo que debían hacer en su futuro cercano. Eso no ayudó mucho en lo concerniente a quedarnos sin pueblo. Apenas aconsejó al primero de los habitantes irse a los campos petroleros para darle a su familia una mejor calidad de vida, no quedó ni un alma, según papá, para hacerles un par de alpargatas, y culpó a mamá por ello, no por las alpargatas, sino por haber dejado al pueblo sin un alma.

En fin, al igual que el resto de los moradores, nos tocó huir de aquel poblado, pero no a los grandes centros industriales, sino al primer barrio pobre de la capital donde papá estaba seguro que podía montar una zapatería para el mantenimiento de tres almas solitarias, en medio de una ciudad desconocida. Y así fue, de hecho, de allí viene mi cuento de cómo llegué a estudiar en un liceo de clase media alta. Resulta que en el barrio papá se hizo amigo del chofer de un militar con influencias y logró no solo una buena clientela de

militares que buscaban usar zapatos de civil, porque usando los del gobierno, cuando vestían de civil, eran reconocidos a todos los sitios a donde iban. Eso no era bueno para ellos que intentaban pasar desapercibidos en las fiestas de los barrios en donde eran odiados por ser el brazo macabro de la dictadura.

Así que gracias a las influencias de papá conseguí un cupo en el instituto de clase media alta que les mencionaba anteriormente y allí conocí a Socorro. Me tocaba entrar en el cuarto año de bachillerato, porque en mi pueblo existió una escuela que igual funcionaba como liceo y allí logre terminar el tercero con buenas calificaciones. Para ese momento solo existían dos menciones a escoger, o estudiabas ciencias o escogías humanidades, yo me fui por la segunda, recomendado por papá que me dijo que en la escuela nuestra, nadie sabía, excepto mi mamá, de dónde salían los hijos de los pobladores, que definitivamente, ni por milagros, los traía una cigüeña del espacio sideral, por eso había tanto niño ignorante con ceguera en aquella localidad. Con los años comprendí que la ceguera de la cual hablaban era referida a la masturbación la que según infectaba los ojos. En realidad, la infección venía de no lavarse las manos, pero en fin qué puede uno hacer ante las leyendas de pueblo, sino seguirles la corriente.

Entré al liceo al cuarto año y creo que era el único

pobre en esa institución. Eso se notaba en los recesos entre cambio de materias, cuando todos los estudiantes salían a comprar en la cantina y yo habría mi bolsa de papel en algún rincón oculto, lleno de vergüenza, para encontrarme con un pan relleno con una banana madura en su medio que terminaba engullendo como todo un buen gourmet. Mamá siempre me explicó que uno no debería comer con la vista, de lo contrario, Dios no hubiera inventado nunca la boca. Ese pensamiento me habría ayudado mucho con Socorro que me sorprendió en plena faena y asombrada me preguntó que, qué vaina era esa, y yo no supe responderle al instante, pero lo dijo sin asco en sus palabras, mucho menos en su expresión de admiración y me pidió probar un bocado ante mi asombro. Sería por eso que me enamoré de Socorro, por una banana en medio de un trozo de pan con quien terminé casado y con tres hijos a los cuales les contamos un cuento de abuelos que nunca llegaron a conocer, porque una les habría salvado del mal de ojos sin tantos sobresaltos, y el otro, les habría elaborado los mejores calzados inimaginables para niños de su edad.

El guayabo en una carta

Vamos a quedarnos con las ganitas, decías siempre que tenías algo planeado. De modo que hacíamos el amor bajo un frenético arranque de pasión con el claro propósito de parar antes de llegar al orgasmo. Así es mejor, comentabas, aunque con una cierta intranquilidad por mí. Que no chica, que no. Que no me hace falta acabar, tranquila, así es mejor, te serenaba yo, entonces, ante tu insistencia. Y salíamos a divertirnos como una pareja de recién casados. Solamente contigo lograba que aquello se eternizara porque no eras ni sustituta, ni suplente, eras el amor real, el amor verdadero.

Ahora, que ya no estas a mi lado, entiendo el por qué desaparece la magia luego de un polvo fortuito. Ocurre al acabarse el encanto y optas por darte vuelta para quedar espalda con espalda. Posteriormente te atrapa ese pensamiento de que acabas de cometer una estupidez y de darse lo que supuestamente podría darse, todo por una pasión desenfrenada sin tomar las precauciones debidas, tendrás que asumir las consecuencias de aquel acto. Es la razón la que te jode, no la pasión. Por ello siempre es mejor quedarse con las ganitas, cuando es la razón la que toma las decisiones, como decía ella. Entonces la pasión desaparece, los gemidos quedan para el recuerdo, los sentimientos expuestos y las palabras tiernas, así

como las caricias eróticas cesan con el desahogo. El silencio se conjuga con las sábanas desordenadas. Te das vuelta y tus labios rosan la cervical y descienden de a poco por el dorso. Es entonces cuando ella gira con pesadez. Ambos han dejado el alma en una follada de pocos minutos que semejaron horas, y una vez que el alma se evapora, queda la materia inmóvil, inerte, fija, estacionaria en un pensamiento. Pero no dices nada, te comportas bajo la bruma del amor rutinario y racional. Besas con fingida emoción, con una falsa vehemencia sus labios, sus senos. Entonces ella intuye que la pasión ha desaparecido y gira su cuerpo de nuevo, despacio para evitar malos entendidos. Estira su brazo hacia atrás y su mano acaricia tu cabellera y acerca tu cabeza hacia su cuello insinuando que lo acaricies con tus labios. Lo haces sin resistirte al ruego y recorres otra vez su espalda. Y ella asume que aquellos besos son auténticos ¿Por qué no? y siente algo de culpa. Tú no dices nada, nunca dices nada, solo recorres su piel con tus labios bajo la bruma del amor rutinario. Eso sucede siempre con las suplentes y las sustitutas, piensas, no con los amores verdaderos.

La observé a la distancia y quise acercarme a saludarla hasta que recordé aquella carta escrita a mano, con el corazón hecho pedazos, luego de su partida: “Te veré con los años bien gorda, bien fea y bien infeliz”, tal cual. “Perra sucia”, agregué al escrito y conti-

nué como una víbora, descargando mi rabia, mi dolor. “Excremento de la naturaleza, espero que los hombres con los que te encuentres en tu vida te traten como a una lesbiana cualquiera”, subrayé. “Deseo con todo mi ser que contraigas una enfermedad incurable que te pudra el organismo”, pronostiqué. Y seguí sin parar, “eres una plaga, una gangrena, te odio al extremo y rezo porque no te mueras, sigue viviendo con tu maldita miseria, tal cual eres”. Y ahí tampoco me detuve. “Que la desgracia sea tu eterna compañera, alimaña inmunda”. Aún la rabia no cesaba y proferí, “no vales ni un minuto de mi vida que dediqué a tus caprichos, carroña purulenta”. Luego vino este llanto que ha durado años hasta el sol de hoy, observándote a la distancia. Lucias perfecta, quizá con un par de kilos demás que te quedaban estupendos. Busqué donde ocultarme, pero ya era tarde. Tendría que pasar a su lado ligando que no me reconociera, cosa que a lo mejor no le resultaría difícil. Qué domingo este, pensé, poca gente circulando y ella viniendo hacia mí y yo yendo hacia ella en un encuentro inevitable. Pensé por un momento cruzar la calle, haciéndome de la vista gorda, pero eso sólo le demostraría cobardía de mi parte. Asumí entonces que me enfrentaría en pocos segundos a lo que siempre temí: encontrarla de nuevo casualmente. A dos metros de distancia, no paramos frente a frente. Sonrió como siempre, una sonrisa espléndida llena de vida. Sus ojos brillaron, como los re-

cordaba en cada uno de nuestros encuentros amorosos. Yo intenté murmurar algo pero las palabras se quedaron ahogadas en mi pecho. Ella reaccionó y dijo:

–No se te quita la mala costumbre del tartamudeo cuando te asustas

Y luego vino el abrazo, sentir el calor de su cuerpo una vez más después de años sin verla. Me acomodó los flecos de mis cabellos que eternamente me tapaban los ojos. Entonces me dio un beso ligero en los labios. “siempre luciendo como una niña”, dijo, y nos fuimos al primer café de la esquina que encontramos abierto esa mañana de domingo. Brindamos con las tazas llenas y me alegré de no haber enviado nunca aquella carta.

Amores suicidas

Entre mis cuatro Marías: Ana María, María Gracia, María Magdalena y María Martirio, mi vida se parecía al segundo nombre de la última, porque nunca dejaba de pensar en Tania Estilita, colgando a un lado de mis hombros, algunas veces en el derecho y otras veces, las peores, en el izquierdo. En cada frustración, en cada momento, en cada minuto de desesperación, la encontraba como una tabla de amparo en medio de un océano turbulento, y siempre me pregunté por qué. Cómo era posible que alguien pudiera perturbar así la vida de un ser humano y paradójicamente tranquilizarla ante la fatalidad. Cómo se puede vivir de un recuerdo eterno. En fin, luego de María Martirio, mi última ex, de varias ex compañeras de vida, la vida se me hizo más sencilla, decidí no complicármela más y disfrutar de ella con la primera chica que me viera a los ojos. Yo estiraría mi mano varonil y diría, hola mucho gusto, Marquito Marín Febres, y luego a fuerza de verborrea dejaría que el destino decidiera por mí. No caería jamás en lo que cayó Pedro Paternostro ante la partida de Cristina. Ese evento siempre está presente en mi memoria por más que he intentado olvidarlo.

Días antes de aquel incidente, Paternostro, con su guayabo a cuestras, irrumpía en mí bar preferido con varios tragos encima, y apenas me vislumbraba en

algún rincón de la barra, se colocaba a mi lado y demandaba una botella a su cuenta. De esta manera me comprometía a ser testigo y confidente de su pena. Al tercer trago, se iniciaba aquel gimoteo que se quebraba por momentos para regresar con más ímpetu, cuando yo menos me lo esperaba. A todas estas, lo consolaba con mi frase de siempre: “Lo mejor es lo que pasa, Pedro, y déjate de boludeces, que mujeres sobran”.

–Todo se olvida y ya nos reiremos de esto algún día – agregaba yo mintiéndole pues, por experiencia personal, sabía que las ex, jamás dejan de ser ex, y terminan siendo ex para toda la vida.

Fue en una de esas noches de barra, a un par de años de su separación, que se me ocurrió invitarlo a la casa de la playa que tenía alquilada por el mes de diciembre un amigo mutuo. Y efectivamente hasta allá fuimos a parar un fin de semana, sin contar que Juan Carlos, el amigo mutuo, había invitado a su ex amante, quien en materia de cuernos, se pudo haber titulado *suma cum laude* en cualquier universidad de Buenos Aires. La Cristina, por supuesto. La coincidencia fue casi mortal. Qué sorpresa, dijo Cristinita sin pena ni gloria ante su ex de siempre, con su risa santa y sus ojos brillosos, y esa alegría de quien está ausente de los males del mundo. Que puta, pensé yo, que siempre estoy atento ante las traiciones producto

de los males del mundo. Juan Carlos advirtió mi desconcierto, y no era para menos. Entonces dijo en voz alta, a modo de juego: “Aquí estamos entre camaradas de nuevo”, con cierta perturbación que no logró disimular ante la sorpresa. En ese instante gire la mirada hacia el recién aludido y noté una luz mínima en sus ojos, una alegría subyacente, una risa que no surgió nunca pero que estaba ahí solapada, que existía en lo más íntimo de su ser, un sentimiento de burla, quizá, o de venganza ejecutada por otro, lo más probable. Algo que siempre deseo, pero nunca pensó que podría volverse realidad. Y entonces Pedro se acercó a Cristinita y la beso en ambas mejillas como si nada, con un saludo amable aunque con cierta dosis de frialdad. Luego se dirigió a Juan Carlos y lo aprisionó con un abrazo cómplice, fraterno. Quizá recordando, mirando escenas en su imaginación de un pasado reciente, cuando la relación era contraria entre ellos tres. Época en que la Cristina estaba comprometida en matrimonio con aquel hombre que ahora él tomaba entre sus brazos.

Pasó un ángel y a fin de superar la incomodidad del momento, le sugerí a Pedro una caminata hasta el pueblo con el firme propósito de parar en la primera licorería con la que nos tropezáramos. De paso, a lo mejor, encontrábamos un par de chicas solitarias, dispuestas a compartir con un dueto de perdedores, que sin dar aviso a un amigo mutuo, se aparecían en su

casa para amargarle las vacaciones de verano. Fue una salida magistral la mía pues, si bien todo parecía muy normal, la tensión entre los cuatro contaminaba el aire que respirábamos.

Pasamos de largo por la licorería y terminamos almorzando en una terraza frente al desembarcadero pensando cada uno por su lado, si lo mejor era regresar a la capital. Un silencio incómodo en el ambiente nos impedía hacer algún comentario sobre lo ocurrido minutos antes. Aún con la curiosidad a flor de piel, que venía carcomiéndonos las entrañas, en ningún momento tocamos para nada el tema de Cristina y Juan Carlos, los dos actores principales de ese espectáculo que nos tocó encarar por capricho del destino, sin olfatear, sin intuir siquiera, a lo que nos enfrentaríamos más tarde.

Era de esperarse que en este pueblo desértico, las chicas solteras, bellas y jóvenes, no aparecieran por ninguna parte. Así que luego del almuerzo, nos colamos en el único local de luces oscuras a pleno día que encontramos en una de sus pintorescas callejuelas. Estaba camuflado con listones de bambú y palmas de cocotero. En su puerta un rótulo aclaraba a los clientes que: “Aquí no *habemos* putas”. Y al entrar entendimos que si alguien andaba a la búsqueda de doncellas, este no era precisamente el jardín del Edén. Una vez adentro dos provincianitas salieron a nuestro

encuentro muy alegres por ser los únicos clientes en una hora, que consideraban poco habitual. Todo el lugar estaba atendido por mujeres. Nadie del sexo opuesto se vislumbraba en aquellos rincones olorosos a zafra. Las anfitrionas nos llevaron a la primera mesa que se les ocurrió, puesto que todas se encontraban desordenadas y a su libre albedrío. Ordenamos cervezas. Tres ventiladores a los costados intentaban en vano mitigar el calor girando al son de una tortuga ebria pero las birras nos cayeron portentosas. Nos las bebimos de un solo golpe, y con la segunda ronda, que espaciábamos trago a trago, disfrutando el sabor de varias artesanales un poco más fuerte que las industriales, Pedro tocó el tema prohibido hasta ahora por nuestra mudez consensuada. Intenté desviar la conversación invitando a las chicas a nuestra mesa y lo logré a medias. Tomaron asiento y una de ellas propuso que le invitáramos unas copitas de champaña. Nos vimos las caras, soltamos una carcajada y por supuesto pedimos las bebidas para todas, a sabiendas que debía tratarse de algún refresco burbujeante, porque si bien las copas llegaban rebosadas desde el bar, jamás vimos la botella de la cual se servían. Algo que se llamara Perrier-Joüet, Pommery, o, Moët & Chandon. Ese evento bastó y sobró para que Pedro postergara una discusión que probablemente no iba a llegar a buen término, él insistiendo en regresar y yo hurgando en alternativas para quitarle la idea de la ca-

beza. Las chicas hicieron milagros y valió la pena pagar una cantidad exagerada en botellas de su champán preferido, porque a Pedro se le olvidó por completo mencionar los nombres de Cristina y de Juan Carlos, desde ese instante.

Al salir del bar, secundados por una ovación de despedida que recordaré hasta mis últimos días, nos dirigimos a una licorería cercana en donde nos abastecimos con un par de botellas de ginebra que pensábamos mezclar al final del recorrido con jugo de naranja. Estábamos bien pasados de tragos cuando llegamos a la casa, el reloj marcaba las cinco de la tarde. La puerta estaba entreabierta y nos acercamos con sigilo, con cierta precaución para no causar sorpresas desagradables, y a punto de entrar, la escena nos dejó pasmados. En la sala, sobre una alfombra multicolor, entre griticos y vivas. Halagos y aleluyas. Bramidos, quejidos y aullidos feroces, la Cristina, a sus anchas, lucía como la Silvia Kristel en aquel célebre film de Emmanuelle que colmó las salas de cine por los años setenta. Juan Carlos, por su parte se había convertido en el ave Fénix, y como un animal mitológico, al estilo perrito, la perforaba por detrás con la embestida de un toro de lidia, mientras ella, movía el culo como un torbellino, un huracán que arrancaba de cuajo los bellos púbicos de las partes más íntimas de sus cuerpos, cuerpos empapados de sudor hasta la saciedad, amalgamados como el oro y el mercurio.

No podíamos dejar de mirar y no ver, porque mirar y ver no era lo mismo. No pudimos dejar de oír, porque oír y escuchar eran cosas diferentes. Y aprecié que muy adentro del alma de Pedro, se encendía una hoguera de odio hacia ellos, una propensión al asesinato por desamor, o unas simples ganas de gritarles cuanto improperio le pasara por la mente en franco desahogo. Estaba claro que el alto contenido de alcohol en la sangre, no iba a ayudar mucho en cuanto a hacerle un llamado a la cordura.

Escuchar aquellos gritos y gemidos ante tanta penetración, era un castigo inhumano para aquel hombre que, apenas un par de años atrás, probablemente había disfrutado de los mismos beneficios del rival frente a sus ojos. Peor aún le habrán tronado en sus oídos aquellas palabras infames, groseras, al mejor estilo de una cortesana de burdeles baratos: acábame adentro, préñame, mátame; métemelo más, perfórame, dame duro, párteme el coño, ¡cójeme! ¡Eres mi macho! Dame duro, atraviésame el alma. Impresionados y boquiabiertos, sin pronunciar palabras, intentamos no intercambiar miradas. La humillación y el dolor, hay que avistarlos desde lejos. Pero al volver mi rostro hacia el suyo para sugerirle una huida decorosa, vi como las lágrimas bajaban a raudales por sus mejillas.

Ellos no se percataron de nuestra presencia y continuaron en esa orgía connatural en la que probable-

mente recordaban los hotelitos de tolerancia en sus ocasiones de encuentros fortuitos o concertados, cuando ella y Pedro, eran una feliz pareja. Ahora, a vista de águila miope, desde nuestra madriguera, los tórtolos cambiaban de posición y entonces, Cristinita, ejercía su poderío femenino. Ya le había dado bastante cuerda al empuje masculino de Juan Carlos, y sin pérdida de tiempo le tocaba demostrar la supremacía que le venía de sus experiencias anteriores, y giraba dispuesta a cabalgar al unicornio para, con cara de malvada, descender lentamente por aquel cuerpo varonil, relamiéndolo desde las tetillas hasta la ingle y detenerse finalmente, ante la presencia de aquel miembro firme y tenso hasta más no poder, que seguramente terminaría vencido dentro de su boca, concediéndonos la desagradable e irritante sensación de escuchar el chupeteó junto a sus arcadas con cada arremetida brutal de aquel hombre delirante ante aquel acto de erotismo desbocado, sensual y profano, lujurioso y concupiscente. Labios de gardenia, símbolo de la gracia femenina que festejaba la derrota. Si de ser sincero se trataba, yo no me quería perder el espectáculo pero comprendiendo el drama de Pedro, y sintiendo culpa por haber sido yo el promotor del viaje, opté por apartarlo y alejarme de la escena. Lo último que escuchamos en nuestra fuga fue un ¡métemelo por el culo, carajo! ¡Desvírgame el trasero! Y casi estuve a punto de darme vuelta para no perderme el

final, de no ser por el grito ahogado de un Juan Carlos agónico que daba todo por terminado. Se acabó, me dije.

Nos alejamos dando traspiés. Pedro no podía creer lo que acabábamos de mirar, o de ver. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mitigar su dolor, la humillación más grande de todas las anteriores, porque era evidente que aquello era de vieja data. Tremenda tirada hermano, le dije restándole importancia al hecho, pensando que de esa manera, poniéndole un poco de humor al asunto, lo sacaría de su aflicción, pero él no respondió, no le hizo ninguna gracia mi comentario, no emitió sonido y así mudos ambos, continuamos nuestra huida sigilosa hacia la verja, seguros de no haber sido vistos ni escuchados por los viejos ex consortes, ex cornudos y ahora amantes a calzón quitado.

Una vez alejados del peligro, y desde la distancia, anunciamos nuestra llegada en alta voz. La respuesta no se hizo esperar: “Ya estamos con ustedes”. De modo que cambiando de dirección, orientamos nuestros pasos hacia la playa, pensativos y cabizbajos. Caímos sobre la arena y me dispuse a preparar unos tragos que bebimos de un solo golpe sin hacer comentarios. Con el segundo aun no salíamos de nuestra consternación. Y ya, para el tercero, se produjo un moderado intento de esgrimir palabras. Pedro cortó el silencio con una frase de desahogo, magullada por

el reconcomio:

–Jamás hizo algo parecido conmigo –dijo, e hizo mutis de nuevo.

Pasamos al cuarto trago el cual bebimos con la medida de quien cuida las palabras para no revolver recuerdos desagradables. Los minutos se movieron tan lentos como lento era el desplazamiento de las cosas antes de degradarse. Sólo la llegada de una Cristina dicharachera y un Juan Carlos eufórico, trastocó el balance cadencioso de un sol bermejo, que buscaba fundirse en el horizonte con el añil de un mar imperterbable. Entonces pregunté si les preparaba un trago y ella asintió pero primero sugirió una sumergida que los tres pasamos por alto. Se quitó la blusa y el short para dejarnos ver ese cuerpo hermoso, agraciado, espléndido, quizás el tesoro de ella, más valorado por ellos. Corrió por la arena y se adentró en las aguas como toda una sirena. Juan Carlos aprovechó el ínterin para servirse un trago. Nos miró y dirigiéndose a Pedro, cual Jesucristo en la última cena, recordó aquella célebre frase que no se parecía en nada a “uno de ustedes me va a traicionar”. Dijo.

–La venganza es un plato que se come frío –Creo que Pedro no lo escucho o no quiso oírlo, porque escuchar y oír no siempre es lo mismo. Yo, mientras tanto, fijaba la mirada en aquel portento de mujer, que

braceaba como nadadora experta, dejando una estela de espuma huérfana en su recorrido, tal cual como yo imaginaba se encontraba el alma de Pedro Paternos-tro.

El sol se escondió permitiendo que la luna se encargara de iluminarnos la noche. Creo que jamás la había visto tan espléndida, un círculo gigantesco a ras del horizonte, enfureciendo las aguas del mar con su coqueteo periódico, y a una distancia utópica de llegar a ella con unas cuantas brazadas. Pedro ya no hablaba porque se le trababa la lengua y perdía el hilo de la conversación. Todos menos Cristinita, que tomaba poco, nos habíamos pasado de tragos. Fue entonces cuando Pedro la miró, no la vio. Por fin la miraba por primera vez y acercándose a su rostro, casi como si la fuese a besar, sin que ella se resistiera, huyera o cambiara de posición, le gritó

–¡Puta sucia!... –Luego le escupió en la cara, debió percibir el olor a hombre, se levantó y se dirigió al agua. A ella eso no la perturbo como a nosotros. Sólo agregó

–Déjenlo un ratico tranquilo, ya se le pasara – en tanto que se limpiaba la saliva del rostro.

Seguidamente cambiamos de conversación para evitar una contienda en donde ella probablemente iba a salir perdiendo, por los vientos que sopla-

ban. Ninguno imaginó ese arranque repentino de Paternostro. Por supuesto ellos dos, no sabían que habíamos mirado, que lo vimos todo, la escena completa, sin cortes comerciales. La caballerosidad se impuso a pesar de los tragos y no asomé la más mínima sospecha. Mientras charlábamos del porqué las pulgas prefieren a los perros que a los gatos, para no entrar en profundidades, Pedro, en un descuido nuestro, se fue adentrando en el agua poco a poco, caminando despacio hacia la luna, como poseído por un canto de sirenas, y no paró hasta desaparecer bajo el ímpetu de las olas. Recordé bajo los efluvios de la ginebra, que no sabía nadar. Y cuando comprendí lo que sucedía, ya Juan Carlos había ganado la punta y Cristina pedía auxilio en aquella inmensa soledad nocturnal. Por suerte Juan Carlos, que era un experto nadador, lo alcanzó antes de que el mar se lo tragara y regreso con el cuerpo de Pedro a tierra firme. Tenía la espalda y el pecho lacerados debido al empuje de las olas, que se habían vuelto agrestes en horas de la noche y lo habían golpeado contra las rocas. Pedro no respiraba, nadie sabía que hacer pero en ese instante llegaban unos jóvenes de la Defensa Civil que habían escuchado los gritos desesperados de Cristina. Fueron ellos los que le hicieron salir el agua de los pulmones y lo regresaron a la vida. Luego nos reclamaron que con esa borrachera, no debimos dejarlo meterse al agua. Una vez recuperado, el chico de la

defensa civil antes de retirar le dijo; “agradézcale a su amigo que lo sacó a tiempo, un par de minutos más y no la estaría contando”

Un año después de aquellos sucesos nos citamos los tres en un conocido bar del centro de la ciudad al que yo visitaba varias veces por semana. Juan Carlos llegó primero, algo adelantado, y eso me extrañó puesto que en su trabajo era demasiado correcto y siendo el primero en llegar, también era el último en despedirse. Se encontraba desmejorado, abatido, diría yo. Durante este tiempo apenas habíamos mantenido una que otra conversación telefónica, siempre ambos saturados de trabajo, nos manteníamos a fuerza de promesas, de citas que siempre terminaban suspendiéndose por motivos diversos. Finalmente, el encuentro no había sufrido contratiempo alguno.

Tomó asiento a mi lado en plena barra, pidió un whisky y luego de un saludo afectuoso, dijo: “me dejó”. De inmediato supe a quien se refería. Extrajo una carta de su bolsillo y me pidió leerla:

“Hoy estoy metida de cabeza en la compu, viendo videos de mi adolescencia y llenándome de energía, de alegría y de pasión...Es inevitable pensarte entre tanto y tanto, y ver tu sonrisa, mirándome a los ojos con amor.

Me di de cuenta que nunca te he escrito nada

a menos que sean mensajes por el wasap y quise retomar una costumbre perdida y escribirte una carta de amor de puño y letra.

Hay muchas cosas que quiero decirte pero voy a tratar de ser concreta. En esta nueva etapa siento que todo es distinto, renovado, mejor y más real, tangible y almático (es decir que viene del alma misma), con verdadero sentimiento de entrega y disposición a compartir. Yo soy muy feliz a tu lado, me siento segura y cuando no te veo, aunque puedo perfectamente desenvolverme en mis quehaceres diarios, y accionar como siempre acciono cuando estoy sin ti, debo aceptar que te extraño full y quiero verte y tocarte, sobre todo estos últimos días que con la gripe que me aqueja no hemos podido vernos... Sé que luzco como una adolescente enamorada escribiendo estas cosas a mi edad, ja ja ja ja ¿pero sabes qué? No me importa. ¡Sí soy! ¡Sí soy! Y más, soy una mujer enamorada que quiere compartir su vida contigo, siempre que tú quieras lo mismo (que de seguro que sí) y estés dispuesto también.

Es rico, divino, escuchar música y pensar en ti, o ver una película de amor y sonreír porque tú estás en mi vida, es rico planificar, soñar y accionar, sabiendo que cuento con alguien que también te ama.

Me encanta como me haces el amor y lo que

me haces sentir cuando me lo haces. Me encanta besarte, tocarte, acariciarte, sentirte dentro de mí y llegar a ese orgasmo portentoso, prodigioso, imponente, sobrenatural que me traslada a otras vidas pasadas que he vivido en el pasado. Eres un hermoso regalo que agradezco a la vida, mi macho obstinado, apasionado, inocente como un niño, cargado de optimismo y visión de futuro. Un hombre, mi varón que me desborda en sonrisas y me colma de amor. Qué más puedo agregar que no sea adoración por eso que eres, sin defectos y lleno de virtudes. Qué más puedo decir que no sea que te amo con locura, aunque yo de loca no tenga un pelo. Y aunque lo parezca, ya sabes como dice el dicho, parecemos pero no semos. En fin, te escribo para demostrarte que aquí estoy y aquí estaré por siempre”.

Tuya: Cristina

6.7 pm. Domingo 01-02-2015

Anexo un corazoncito de regalo.

La historia se repetía, pensé, y rogué para que Pedro no se apareciera a la cita. Y menos si venía con Cris-tinita.

Pablito

Cuando Pablito murió se llevó consigo la botella de whisky 18 años que pensaba invitarle apenas me ganara ese codiciado premio literario. Me imaginaba llegando al bar antes que ellos, el grupo de cinco que habíamos creado una peña de borrachos en donde volvíamos el mundo al revés, y decirle al barman: “cuando lleguen los muchachos, vas y colocas esta botella en la mesa sin ninguna explicación de quien la envía”. Beberíamos contentos tratando de averiguar la identidad del benefactor. A todas estas, yo sugeriría nombres y les crearía dudas con respecto a los señalados por ellos. La botella alcanzaría para un par de tragos por personas, máximo tres y daría paso a la siguiente. El asombro crecería entre ellos. No había explicación posible... Alguien se había equivocado de mesa o de personajes. Ahora sí que la habíamos pegado de la pared. Whisky 18 años, quien lo creería. Agotaríamos las conjeturas. Pablito llamaría al mesero y le preguntaría si no estaban equivocados de mesa o de grupo. Yo le diría que no se le ocurriera hacer eso porque nos íbamos a quedar sin botella y al fin y al cabo, la confusión no era problema nuestro. El insistiría y esto originaría, como siempre, una discusión moral entre los cinco que para nada interrumpía que continuáramos sirviéndonos los tragos de la botella en litigio.

Una vez que se enteraran del premio, comenzarían las elucubraciones de que alguien, (¿quién podía ser ese alguien?) conocía de antemano el dictamen del jurado. Sentados a la barra, Pablito brindaría como siempre para hacer la típica pregunta de si yo sabía que me había ganado el premio, a lo que yo le respondería que ni idea. De modo que el suspenso y la incertidumbre continuarían por tiempo indefinido.

El día que me tocó recibirlo, Pablito se había ido de este mundo sin darnos ninguna explicación de su partida y la primera botella se fue con él. La segunda, nos la bebimos en su nombre los cuatro que aún quedamos en este peregrinar, con la incertidumbre de quién de nosotros, será el que se lleve la próxima primera botella de whisky, 18 años, al otro plano de la existencia, bajo la eterna duda de quién la habrá invitado.

Barralibros. Editores
Envía tu manuscrito y espera por tu
publicación

